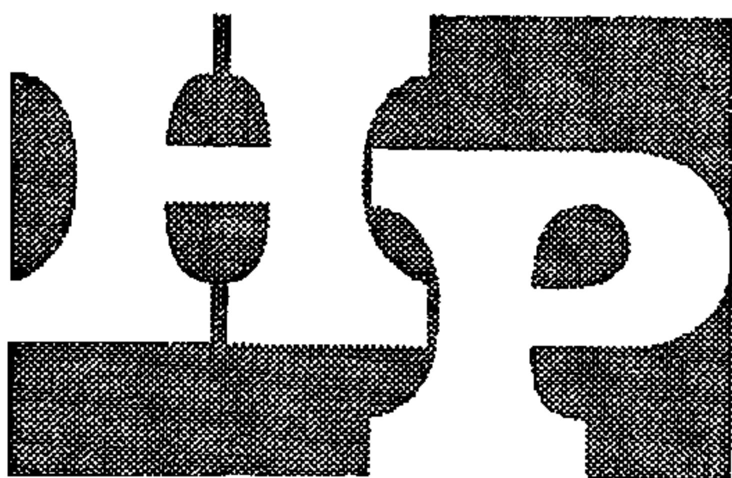
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

LOS CUATRO IMPLACABLES





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS CUATRO IMPLACABLES

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 51
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito Legal B 39409-1970

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer recibió el golpe en plena cara y cayó hacia atrás, quedando sentada sobre la alfombra, mientras de sus labios partía una delgada línea de sangre, igual que si la hubiesen dibujado con pintura roja sobre su barbilla de inmaculada blancura.

El hombre se frotó los nudillos y dijo:

—¿De verdad vas a casarte con ese cerdo de Hartley?

—Sí, Glenn.

El avanzó unos pasos e hizo deliberadamente que tintinearan las espuelas mexicanas, como una amenaza sin palabras, que la mujer entendió perfectamente.

—Podrías desfigurarme —dijo ella—. Ya lo sé. Ya lo has hecho con otras, Glenn. Y lo harás con más mujeres todavía.

—Veo que ardes en deseos de probar…

—Si vuelves a tocarme, Hartley te matará, Glenn.

—¿Quién? ¿El cerdo barrigudo de Hartley? ¿Matarme a mí? ¿Pero es que tú no me has visto todavía disparar, imbécil?

—Hartley tiene pistoleros a sueldo. Y por si eso fuera poco, resulta más peligroso que todos ellos, porque mata por la espalda.

—¿Y con un tipo asi vas a casarte?

—Con un tipo así voy a casarme, Glenn.

El llamado Glenn lanzó una carcajada.

Era un tipo de unos treinta años, vestido con elegantes ropas vaqueras, curtido por los vientos y los soles de todas las praderas, y con ese aire inconfundible de los que han hecho su fortuna transportando reses y matando hombres a través de las rutas ganaderas de Kansas.

Encajó bien su único revólver, fue hasta el mueble-bar situado junto a la ventana y sacó de él una botella y una copa para servirse

una generosa ración de *whisky*.

La bebió sin volverse, admirando los detalles de la lujosa habitación cuyas ventanas se abrían sobre la calle principal de Dodge y cuyos muebles habían sido comprados en el mejor almacén de San Luis. Aquél era el salón de recibir privado de Judith Labian, aquel salón rígido y amable al que sólo tenían acceso unos cuantos íntimos de la hermosa mujer.

Se volvió después de haberse bebido todo el *whisky* y pudo ver que Judith Labian aún no se había movido.

Mejor, le gustaba más así.

Con su amplio escote palpitante, con su vestido de lentejuelas ceñido al cuerpo, como una segunda piel, con su falda abierta que dejaba ver gran parte de la media negra, nunca Judith Labian había estado más hermosa, al menos para los gustos de Glenn Korket.

—¿Sabes que ya no eres una niña? —preguntó.

—Se te ocurren unos pensamientos muy estúpidos, Glenn.

—¿Cuántos años vas a cumplir?

—Los próximos serán veintisiete.

Glenn lanzó una carcajada. Otra carcajada más gutural y violenta que la primera.

—Veintisiete años son muchos en esta tierra, donde la mayor parte de las muchachas se casan a los quince. Sin embargo, son pocos para la hermosa historia que tienes a tus espaldas. Tú has vivido muy aprisa, Judith Labian. Has tenido hombres a tus pies que se hubieran matado por ti, has poseído una mina de plata, has sido millonaria tres veces y te has arruinado otras tantas, has tenido la casa de juego más importante que hay en todo Kansas y ahora vas a casarte con Hartley. ¿Te parece un digno final?

—Necesito salvar lo que es mío. Si no me caso con Hartley, me hundiré para siempre.

—Sabes que yo soy rico —dijo él, con cierta presunción—. Y me resignaría a convertirte en mi flamante mujer aunque supiera que sólo me buscas por mi dinero.

—Yo valgo más, Glenn. No tienes bastante oro para comprarme.

—¿Ah, no?

El fue otra vez calmosamente al mueble-bar, llenó un nuevo vaso de *whisky*, escupió dentro ostensiblemente y luego derramó todo el contenido sobre la cara de la mujer.

Ésta no se quejó, y ni siquiera se movió de la alfombra. Sólo en sus ojos parecían titilar dos lágrimas de rabia.

—Repito que no tienes bastante oro para comprarme, Glenn.

—¿A cuánto ascienden tus deudas?

—A medio millón de dólares.

Glenn lanzó un silbido que quiso ser de indiferencia, pero cualquiera hubiese podido advertir que la cifra le había desmoralizado.

—Es mucha plata —dijo al fin—. Yo creí que una podrida dueña de una podrida casa de juego ganaba mucho más. ¿Cómo has podido llegar a perder tanto?

—Demasiado sabes que Starkey, ese fullero invencible, derrotó a todos mis jugadores profesionales hace seis meses y se llevó cerca de noventa mil dólares, una auténtica fortuna, hasta en una ciudad tan cara como Dodge City. Sabes también que los vaqueros borrachos de Ginger incendiaron parte de mis locales por las mismas fechas, ocasionándome una pérdida de cerca de doscientos mil dólares, puesto que tuve que indemnizar a varios empleados heridos. Desde entonces, todo ha ido de mal en peor. Siempre he oído decir que la mala suerte llama a la mala suerte.

Glenn se acarició otra vez los nudillos con los que poco antes había golpeado a la mujer.

—¿No tienes crédito?

—Los bancos me lo han negado al conocer mi verdadera situación. Y me han advertido que no me concederán ningún nuevo plazo de favor el día que venzan las deudas.

—¿No hay algo más? —preguntó abruptamente él—. ¿Es sólo el dinero de Hartley lo que te interesa?

—¿Por qué preguntas eso? ¿No tengo fama de mujer a la que sólo mueve el brillo del oro?

—He oído decir que también te habían amenazado de muerte.

—Sí. Varios grupos de conductores de ganado a los que me negué a dar entrada en mis locales hace un mes, anunciaron que lo destruirían todo y me colgarían a mí misma cuando regresaran a Dodge City después de vender sus manadas. Y creo que regresan dentro de un par de semanas.

—Todos sabemos cómo son esos conductores de ganado —silabeó Glenn—. Yo mismo les he acompañado durante varios años

y he matado a varios de ellos. Nunca podremos olvidar nuestras noches de orgía y de sangre. Si han dicho que te colgarían…, puede que te cuelguen.

Con un gesto de repentino furor, hizo estallar contra una de las paredes el vaso cuyo contenido derramó antes sobre el rostro de Judith Labian.

—¿Y pretendes que Hartley se saque de todos esos apuros? —preguntó después.

—Sé que me sacará de ellos. Hartley tiene oro suficiente para levantar mi negocio y dispone de pistoleros a sueldo para ahuyentar a los conductores de manadas en cuanto se acerquen aquí. La esposa de William Hartley será la mujer más respetada de Kansas.

—Parece como si lo dijeras con orgullo.

Judith Labian se puso en pie poco a poco, moviéndose con aquella gracia de sirena que le era peculiar y que hacía resaltar cada curva, cada relieve, cada detalle de su cuerpo. Los ojos de Glenn brillaron, no sabiendo qué admirar más si aquel rostro encantador o aquellas líneas rotundas y firmes que el vestido hacía destacar pérfidamente. Al fin se acercó a Judith, la sujetó por los brazos con verdadero salvajismo, haciéndola estremecerse de dolor, y la besó en la boca.

Ella no se resistió.

Pero cuando Glenn la soltó, sus únicas palabras fueron:

—Cuando yo sea la esposa de Hartley, él te matará por esto.

—¡La esposa de Hartley! ¡Qué imbecilidad! ¿Acaso no sabes que además de tener plata y pistoleros también tiene una hija de diecinueve años?

—No es ningún pecado haber quedado viudo y con una hija —dijo Judith.

—No es ningún pecado haber quedado viudo y con una hija —dijo Judith.

—¡Pero sí lo es pretender casarse con una mujer a la que se lleva veinte años! ¿Ignoras lo que Hartley ha hecho en México, durante los años en que vivió allí? Menos vender esclavos, no ha habido canallada que no pusiera en práctica. Ha amontonado mucho oro, sí, pero a base de traiciones y de sangre. Y ahora viene con su hija, con esa estúpida de Orosia, a casarse con la mujer más bonita de Kansas. ¿Crees que lo consentiré? ¡Antes voy a matarle con mis

propias manos!

Ella sonrió burlonamente, mientras le miraba al fondo de los ojos.

—Prueba.

—Espera que le tenga delante.

—No creo que tengas que aguardar mucho. Dentro de cinco o diez minutos vendrá a visitarme para fijar la fecha de nuestra boda. Le encontrarás en el saloncito contiguo.

La sonrisa de la mujer era tan burlona que Glenn comprendió que no estaba hablando solo por hablar. Lo que Judith Labian pretendía era que se enfrentase con Hartley y que los pistoleros de éste le eliminaran como se elimina a un insecto.

Si Glenn hubiese sido un hombre valeroso del todo, esto no le habría importado, porque en Dodge City los minutos sólo servían para ganar la gloria y la fortuna o para ganar la muerte. El que eliminara a Hartley se convertiría en un verdadero ídolo, y por eso hubiese valido la pena arriesgarse. Pero Glenn no era valiente hasta tal extremo. El solo nombre de Hartley ya le infundía temor, aunque dijese lo contrario.

Y pensar que dentro de cinco minutos lo tendría quizá en la salita contigua, le hacían nacer gotas de sudor frío en las sienes.

—¿Por qué no le matas? —añadió Judith burlonamente adivinando todos sus pensamientos.

—¡A ti será a quien mate, vieja arpía, maldita tramposa!

Dominado por un ciego acceso de furor, movió ambos puños y los descargó con todas sus fuerzas sobre el rostro de Judith Labian, que cayó a tierra otra vez, gimiendo ahora de dolor.

—¡Por Dios, Glen, no me pegues! ¡No…!

—¡Dueña de una casa de juego…! ¡Embaucadora! ¡Farsante!

La golpeó con sus botas, tratando de herir las partes más sensibles de su cuerpo. Judith, gimiendo, rodó sobre la alfombra, logró sujetar una de las patas de un banquillo tapizado con seda y lanzarlo contra las rodillas de Glen, quien estaba en difícil equilibrio y lo perdió por completo después del golpe. Rodó por el suelo en postura bien poco elegante, mientras Judith se ponía en pie y corría hacia la puerta de su dormitorio, que cerró con llave antes de que Glenn pudiese alcanzarla.

Glenn se lanzó en tromba contra la hoja de madera, y lo único

que consiguió fue sentir como si le hubiesen partido el hombro. La puerta era de nogal y estaba a prueba de embestidas.

Retrocedió mientras gritaba:

—¡Te acordarás de esto, condenada! ¡La próxima vez que nos veamos será para arrastrarte de una cuerda…!

Con lágrimas en los ojos, al otro lado de la hoja de madera, Judith Labian se volvió hacia el interior de la habitación.

Vio que alguien le estaba aguardando. Mamie, su vieja criada negra, de la que no se había separado un solo día desde que residía en Dodge City. Mamie tenía también lágrimas en los ojos. En sus labios, aunque trataba de disimularlo, había también una mueca de dolor infinito.

—¿La ha golpeado ese salvaje, señorita Labian?

—Sí, Mamie, me ha golpeado, pero es la última vez que lo hará. Y eso es lo de menos. Apresúrate. Necesito estar bien guapa para cuando se presente a visitarme Hartley.

Mamie se enjugó una lágrima.

—Usted no tiene corazón ni para sí misma, señorita Labian.

—¿Qué quieres decir?

—No siente el dolor de los demás y no siente tampoco el dolor de su propia carne.

—Déjate ahora de sermones, Mamie.

—No sermoneo. Lo digo con toda el alma. Debería usted hacer algo para cambiar de vida y marcharse de aquí. Tiene la casa de juego mejor de Dodge City. ¿Y qué? Nadie la respeta. Todo el mundo se cree con derecho a insultarla y a hacer proposiciones que harían enrojecer a cualquiera. Y hasta hombres como Glenn pueden golpearla.

—Todo esto terminará cuando me case con Hartley.

—¿Está usted segura de que hace bien?

—Claro que hago bien. No soy ya una chiquilla que se enamora, y no creo tampoco en esas imbecilidades de que el matrimonio son dos corazones unidos. Aspiro únicamente a ser la mujer más rica y más respetada de Kansas. ¡Y lo seré!

Con una especie de suspiro jadeante, con un cansancio invencible después de estas palabras, se sentó en el borde de su propio lecho mientras respiraba agitadamente.

Mamie comprendió que sería inútil lamentarse y hacerle más

reproches. Desde que vivían en Dodge City, las cosas habían sido siempre así, seguramente continuarían siéndolo.

—¿Se cambia el vestido, señorita Labian? —preguntó, adoptando un tono indiferente.

—No. A Hartley le gustará verme así.

—Es un poco atrevido.

—El ya sabe que no soy una damisela, sino la dueña de una casa de juego.

Con un ademán desenvuelto y hábil, se tensó las medias ante el espejo, comprobó que no tenía ningún roto en su vestido y luego rogó a Mamie que le borrara las huellas de los golpes y las manchas de sangre.

—Me bañaría completamente, pero ahora no tengo tiempo —añadió—. Bastará con lavarme bien la cara, desinfectármela y aplicarme luego un poco de maquillaje.

—Quizá.

Con exquisito cuidado, Mamie la ayudó a lavarse. Si algo se le había de inflamar a consecuencia de los golpes, no se notaría hasta más tarde. Por el momento, Judith Labian seguiría siendo la mujer más bonita y más tentadora de Kansas.

Luego, Judith se aplicó a sus facciones una delicadísima capa de maquillaje y, tras una nueva comprobación de su vestido, se dispuso a pasar a la salita contigua.

Al entrar, vio que Hartley ya estaba allí.

—Hola, querido —musitó Judith Labian, cerrando tras de sí y quedándose detenida junto a la puerta.

Sabía que así, esbelta como era, apoyada delicadamente en la puerta como flor abandonada que cualquiera puede recoger, causaría en Hartley una impresión imborrable.

Y, en efecto, se la causó.

Hartley la miró como si fuera a caer encima de aquella flor y estrujarla.

Pero esto duró sólo un momento. Luego, sus ojos adquirieron aquel aplomo y aquella frialdad de hombre que lo tiene todo y que está bien seguro de sí mismo.

A primera vista, Hartley no daba la sensación de ser un hombre tan peligroso como se decía en todos los rincones de Kansas.

Acababa de doblar la curva de los cuarenta años y aunque

estaba aún en la plenitud de sus fuerzas, tenía un aspecto tranquilo, sosegado y cínico. Cuando miraba a una mujer lo hacía con tal desprecio que parecía como si tuviese a sus pies docenas iguales que ella. Casi calvo, tenía un abultado abdomen que destacaba bajo su chaleco de seda. Cualquier pistolero que le hubiese visto habría pensado: «A éste le liquido yo antes de que él tenga tiempo para tocar el revólver».

Pero hubiese estado equivocado. Hartley, que era más rápido de lo que parecía, tenía, además, pistoleros que mataban por él. Los mejores gatillos de Kansas estaban a su servicio. Ponerse en contra suya significaba la muerte.

Judith repitió:

—Hola, querido.

Después de las violencias sufridas con Glen, le parecía como si en Hartley hubiera encontrado un remanso de paz.

—Hola —rió él—. ¿Sabes que estás más bonita que nunca?

—A mí no me lo parece tanto —dijo una voz.

Judith miró hacia la dirección en que esa voz había sonado, en el rincón más penumbroso de la sala, y vio entonces a una muchacha que estaba sentada allí, en una de las butacas.

Tenía la cara redonda, los cabellos negros y los ojos ligeramente rasgados como algunas mexicanas. En esos ojos había la mirada altiva, desdeñosa e insultante de las mujeres que no han hecho en su vida más que presumir y mandar, y para las cuales el mundo es un jardín lleno de frutos para devorarlos y de esclavos para mandarles que se pongan de rodillas.

—A mí no me parece tan bonita —repitió.

Hartley hizo un gesto displicente, señalando a la muchacha.

—Mi hija Orosia —presentó.

Judith hizo una ligera inclinación de cabeza y trató de dirigirle la más encantadora de sus sonrisas.

—Bien venida a esta casa, que es la tuya —ofreció.

—Gracias, pero dudo que a papá le guste vivir aquí.

—Dodge City, en algunos aspectos, es una ciudad muy hermosa.

—Hemos comprado un magnífico rancho en las cercanías —dijo Orosia—. Allí estaremos mejor. Y de vez en cuando haremos un viaje a Ciudad de México, donde tenemos un magnífico palacio.

Se volvió vivamente a Hartley y preguntó:

—Papá, cuando tú te cases, ¿todas esas cosas también van a ser de esta mujer?

Judith Labian sintió un brusco deseo de abofetear a aquella muchacha, pero se contuvo.

—Yo no necesito nada —dijo—. Tengo mi propio negocio.

—Sí, ya me dijo papá: una casa de juego en Dodge. Eso no debe ser nada distinguido, ¿verdad? Los que juegan no son caballeros.

—En Dodge City todo el mundo juega.

—Pero es que Dodge es una ciudad perdida y llena de pistoleros, donde no hay una sola dama de verdad.

Judith encajó el insulto con una leve contracción de sus mandíbulas, pero no hizo el menor comentario.

—Espero que seamos muy buenas amigas —dijo al fin—. Según parece, yo voy a ser tu madrastra.

Orosia, que era más bien bajita, se irguió e hizo un mohín de disgusto con sus gruesos labios.

—La verdad, no me gusta como madrastra —dijo mirando a su padre.

Hartley se puso en pie y se acercó a Judith Labian.

—¿Por qué no? —dijo mirándola como el que mira a un hermoso animal en una feria de ganado—. Fíjate qué bonitas caderas tiene. Es elegante y distinguida, porque no en vano ha vivido siempre de su seducción. Sabe tocar el piano y cantar. Aseguran también que tiene las piernas más bonitas de Kansas, y por lo que se ve, debe ser cierto.

Judith tenía ganas de cerrar los ojos y llorar, pero se dejaba contemplar por aquel hombre sin hacer comentarios, sabiendo que en verdad era como si él se dispusiera a comprarla.

—Tiene hermosos pies —siguió diciendo Hartley—, y unos ideales cabellos rubios, con los que nuestro peluquero particular podrá hacer auténticas maravillas.

Llevó de pronto su mano derecha a la boca de Judith y le hizo entreabrir bruscamente los labios.

—Además debe gozar de buena salud… —exclamó—, ¡porque posee unos hermosos dientes!

Aquella forma de ser examinada hizo saltar lágrimas a los ojos de Judith, quien retiró la cabeza repentinamente mientras gritaba:

—¿Crees que estás comprando una yegua?

—¡Estoy comprando la mejor yegua de Kansas! —rió Hartley—. Ya sabes que soy hombre de negocios; puedes decirme si te conviene o no. Aunque la primera vez que te vi, cuando me dejé, ocho mil dólares en tus mesas de juego, ya supuse que llegaríamos a un acuerdo.

—Hablas como si esto fuese una operación comercial —protestó ella.

—Lo es. Tú me vendes tu belleza y yo pago con mi dinero y mi prestigio. Sé que tus negocios van mal. ¿Qué contestas?

Judith desvió la mirada.

—Ya sabes que estoy dispuesta ha casarme contigo y que te he esperado sin moverme de Dodge City. Lo único que lamento es que me trates así.

—Yo trato a las mujeres según su categoría —dijo Hartley—. Cuando te hayas convertido en mi esposa serás la mujer más importante de Kansas, y hasta la esposa del gobernador tendrá que inclinarse ante ti, pero por el momento no eres más que la dueña de una casa de juego.

—Esto empieza a ser muy aburrido —dijo Orosia, poniéndose en pie—. Me fastidia oír hablar de amor a la gente.

—Hablamos de cualquier cosa menos de amor —dijo Judith Labian con lágrimas en los ojos.

—De todos modos, yo voy a ver si hay algún modelito de vestido aprovechable en los almacenes de esta podrida ciudad de Dodge, llena de pistoleros y de gentuza —declaró Orosia.

—Vamos a salir todos juntos —ordenó su padre—, para que Judith vea nuestro tronco de caballos y nuestra última carroza.

—Tendré que cambiarme —sonrió Judith, mostrando su provocativo vestido bordado de lentejuelas y con la falda abierta hasta la rodilla.

—No, no; irás así mismo. Quiero que todo el mundo te vea y todo el mundo se dé cuenta de que Hartley ha comprado a la mujer más bonita.

Ella se acercó y le acarició con inmensa suavidad las solapas de su levita, impecablemente cortada.

—Escucha, Hartley, cariño mío; no debes exhibirme así. Tu hija Orosia tiene razón al decir que Dodge es una ciudad infestada de pistoleros. A cualquiera de ellos puedo parecerle… digamos

demasiado guapa, y se produciría una sangrienta pelea.

—Tengo guardaespaldas en todas partes —rió Hartley—. Precisamente acabo de contratar uno en la ciudad de Amarillo que es un tirador excepcional. Si alguien provoca peleas, peor para el que se atreva.

—Perdona si insisto, pero es que un hombre llamado Glenn intentará matarnos a ti y a mí.

Hartley sacó ostentosamente una moneda de oro del bolsillo izquierdo de su chaleco.

—Orosia…

—¿Qué, papá?

—Toma, nena. Para que dentro de una hora pagues el entierro de un hombre llamado Glenn…

—Mucha confianza tienes en ti mismo —sonrió Judith intentando adularle.

—Ya te he dicho que estoy bien protegido. Nadie puede hacer nada contra Hartley.

Salieron a la calle, donde había un soberbio carruaje charolado de negro, un vehículo digno de un rey y tirado por cuatro maravillosos caballos blancos. Un cochero vestido con librea estaba al pescante. En una ciudad como Dodge, donde todas estas pompas estaban de más, aquel carruaje y su cochero habían llamado la atención y un numeroso grupo de desocupados estaba en el porche haciendo cuchufletas.

Pero cuando apareció Judith Labian se callaron instantáneamente, y cuando ella se recogió la falda para subir al carruaje lanzaron verdaderos alaridos de admiración.

Hartley subió entonces, y Orosia se quedó en la puerta de un establecimiento contiguo, donde un cartel anunciaba que acababan de recibirse los últimos modelos de Nueva York y de París.

Al otro lado de la calle, unos obreros estaban terminando de colocar en un edificio resplandeciente y nuevo un cartelón que decía:

«BLUE STAR SALOON INMEDIATA INAUGURACION

TODA CLASE DE LICORES, TRES ESCENARIOS,

CON ACTUACION CONTINUA DE LAS MAS BELLAS GIRLS Y NUMEROSAS MESAS DE JUEGO, ADEMAS DE TRES RULETAS».

Un numeroso público se había estacionado allí, atraído por los vivos colores y el sencillo estilo del anuncio, el cual prometía que en el Blue Star Saloon iban a encontrarse las cuatro cosas que más anhelaba todo varón en Dodge City: alcohol, mujeres, juego y tiros. Porque aunque los tiros no se anunciaban, todo el mundo sabía que en un local así estaban incluidos en el programa.

Hartley también leyó el anuncio.

—Veo que la competencia es dura, ¿eh? —comentó—. Cuando he visto antes ese edificio tan bonito no sabía aún que fuesen a dedicarlo a casa de juego. ¿Quién es el dueño?

—Una mujer llamada Sally, una odiosa damisela que ha arruinado ya a tantos hombres como pelos blancos teñidos tiene en la cabeza.

—Parece que no le tienes mucha simpatía.

—Juró que me vería pidiendo limosna.

—Pues lleva camino de conseguirlo, porque ese local es mucho mejor que el tuyo y los clientes se te escaparán. Menos mal que yo soy un hombre generoso, y en cuanto te cases conmigo se te habrán terminado las preocupaciones. Pero tú tienes que portarte bien, ¿eh? Tienes que hincharme de felicidad.

Y rió, mientras lanzaba una mirada circular alrededor suyo.

Vio entonces a un hombre que estaba detenido ante el carruaje, con las piernas entreabiertas.

Era un tipo joven, bien vestido, con un solo revólver y los ojos enrojecidos, como si por ellos pasase una nube de sangre.

—¿Quién es? —preguntó Hartley.

—Te lo advertí —susurró Judith—. Es Glenn…

Glenn habló entonces.

—Me han dicho que Judith Labian iba a casarse con un cerdo —gritó—, pero yo no lo creía porque los cerdos no suelen obtener en este estado licencias de matrimonio. Y ahora resulta que era verdad y que yo estaba equivocado. El cerdo ha subido al mismo carruaje que Judith y le está diciendo que en cuanto pueda la manchará con la baba de sus hocicos. ¡Qué desengaño!

Judith lanzó un gemido mientras suplicaba:

—Glenn, por favor, vete de aquí…

—Cuando me vaya me iré contigo.

Elartley, un poco pálido, gruñó:

—Le doy una oportunidad para que se marche. Pero si no quiere hacerlo, le advierto que ya tengo pagado su entierro.

—¿Si? ¿Y el suyo? ¿No lo ha pagado aún?

—Yo no voy a morir todavía.

—¿Por qué no lo probamos?

Glenn había necesitado beber media botella de *whisky* para atreverse a enfrentarse con Hartley. Pero más que la botella, lo que le había dado él valor era el siguiente razonamiento: «Si Hartley acaba de llegar a la ciudad, es fácil que esté sin protección, porque quizá los pistoleros de su escolta no hayan llegado todavía».

—¿Por qué no lo probamos? —repitió.

Hartley se puso en pie, intensamente pálido. Y en ese momento una voz se oyó a la izquierda del carruaje:

—Ya es bastante, Glenn. Lárgate de la ciudad y busca un clima más saludable. Será mejor para ti.

Glenn se volvió. Pudo ver entonces al hombre que le había hablado, y el cual estaba situado en el porche del otro lado de la calle.

—¡Pero si es Johnny Bulman! —Gruñó.

Johnny Bulman, el hombre que estaba al otro lado de la calle, tendría seguramente unos treinta años, y daba la sensación de haberlos empleado uno tras otro en montar caballos salvajes, talar troncos de sequoia y descuartizar hombres con sus puños. Su fortaleza era impresionante y, sin embargo, no tenía el aspecto del clásico matón ni el del hombre que vive de sus músculos. Su actitud era más bien reflexiva, casi delicada. Vestía como un vaquero, llevaba un solo revólver y no hacía ni mucho menos ademán de ir a rozarlo.

Las alas de su ancho sombrero blanco no podían ocultar que una cicatriz, en lugar de deformarle, daba a sus facciones un aspecto más rudo y viril.

—Deja a ese hombre en paz, Glenn —insistió.

—¡Pero si es el maldito y condenado Johnny Bulman! —exclamó Glen—. No te había visto desde que nos peleamos en Amarillo…

—Y desde que juramos matarnos la próxima vez que nos viéramos.

—¡Voy a hacerlo! —Silabeó Glenn—. ¡Voy a matarte a ti y luego mataré a tu condenado jefe!

Sin previo aviso, fue a «sacar», y hasta logró empuñar la culata del revólver, pero Johnny fue más rápido.

Extrajo el arma en fracciones de segundo y tiró con ella, dando la sensación de que no apuntaba, igual que si hiciera aquello por una simple distracción.

Glenn lanzó un grito de sorpresa al ver que el revólver que ya había empuñado se convertía entre sus dedos en una serie de astillas metálicas.

Su mano derecha no había sufrido el menor rasguño.

—Lárguese de la ciudad, Glenn.

—¡Voy a deshacerte con mis propias manos!

Y se lanzó hacia delante, a la carga, con el ímpetu brutal. Johnny Bulman sólo tuvo tiempo de guardar su revólver y preparar los puños.

Glenn lanzó un alarido al recibir un gancho en plena mandíbula y sentir como si ésta se partiera en mil trozos.

Cayó a tierra babeando.

Johnny, con las piernas entreabiertas, le miró desde arriba.

—Hace sólo una hora que estoy en la ciudad y ya he oído cosas de ti.

—¿Ah? ¿Sí? ¿Qué has oído? ¿Que pienso comprar el cementerio de Dodge para enterrar allí a todos mis enemigos?

—He oído que vas persiguiendo a una mujer, a la que golpeas en cuanto puedes.

—¿Y no te han dicho quién es esa mujer?

—No.

—Pues la tienes ahí, manchada con la baba de los hocicos de tu jefe.

Johnny, para no distraerse, no miró en aquella dirección.

—¡Mátalo! —gritó Hartley—. ¡Puedes hacerlo ahora, porque está a tu merced! ¡Mátalo, te lo ordeno!

—Usted me contrató para protegerle, pero no para matar a hombres desarmados —dijo sin mirar hacia allí—. Daré a este hombre un buen castigo con los puños para que se acuerde de respetarla la próxima vez que vea a esa mujer.

Judith, deseando salvarle, gritó:

—¡Vete, Glenn!

Pero Glenn comprendió que ahora tenía una oportunidad y

decidió aprovecharla. Viendo que su enemigo se había distraído unos instantes, recogió un puñado de tierra y polvo y lo arrojó violentamente a los ojos de su enemigo, que no pudo evitar la sucia maniobra.

Johnny tuvo que cubrirse los ojos con las manos mientras lanzaba un gemido. Glenn saltó inmediatamente y preparó los puños, descargándolos a placer sobre los flancos de su adversario, que se dobló. Judith lanzó un grito mientras lo veía caer.

Pero en realidad Johnny no caía, sino que estaba buscando la distancia precisa para mover las piernas.

Viendo entre brumas a Glenn, le descargó un puntapié al estómago y recobró el equilibrio de un salto. Tuvo tiempo para frotarse los ojos otra vez. Glenn lo cazó de un jab a la mandíbula que lo envió volando hacia atrás.

Las espaldas de Johnny chocaron contra la valla de un porche mientras Glenn, aullando, se lanzaba al ataque de nuevo.

Pero esta vez sus puños no encontraron su objetivo. Johnny ya se había rehecho y ya podía ver un poco mejor. Sus dos brazos pararon los golpes de Glenn. Éste tuvo que bajar la guardia y entonces recibió un directo que le partió, los labios. Lo alzó y un puño corto fue a sus estómago como una exhalación. Al doblarse, Johnny lo enderezó de un rodillazo. Y a continuación movió los puños en un alucinante compás de
uno-dos,
propinando seis salvajes golpes en menos de diez segundos y enviando a su enemigo como una piltrafa sangrante contra las ruedas del lujoso coche de Hartley.

Glenn quedó inanimado, mientras Johnny se frotaba los nudillos dando por terminada su labor.

—Ahora podemos sacarle de la ciu… —empezó a decir.

Pero entonces sucedió algo que los dejó a todos paralizados de asombro, un hecho terrible que venía a redondear la fama de Hartley.

Éste, riendo, sacó un pequeño revólver de plata y desde lo alto del carruaje, sin tener que moverse apenas, vació todo el tambor en la cabeza de Glenn.

Judith Labian lanzó un grito, mientras se cubría los ojos con las manos.

Johnny, durante unos instantes, quedó mudo de asombro, sin saber qué hacer. Luego se volvió de espaldas, apretando los labios. Si otro había asesinado a Glenn, aquél no era asunto suyo.

Orosia, con los ojos brillantes, corrió hacia él desde la puerta del almacén donde lo había presenciado todo, para entregarle la moneda que le diera antes su padre.

—Tenga —ofreció—. Para que le pague el entierro…

Johnny se volvió un poco, miró la moneda de oro, miró luego los ojos de la mujer e hizo con los labios un gesto de desprecio, como si fuera a escupir.

—Hágase fundir esa moneda y que le fabriquen unos pendientes, hermana —dijo volviendo la espalda.

Mientras, Judith Labian, desde el carruaje, con lágrimas en los ojos, musitó con voz audible sólo para sí misma, como en una plegaria:

—¡Oh, Johnny…! Dios mío, ¿por qué has vuelto? ¿Por qué has tenido que volver?

CAPÍTULO II

Johnny Bulman estaba en pie, engrasando pensativamente el revólver.

La mujer que había entrado sin llamar en la habitación le contempló de pies a cabeza, deteniéndose en cada detalle de su cuerpo, como si examinara un caballo pura sangre.

Johnny se volvió hacia ella.

—Cierra la puerta. ¿Quieres?

—Mi padre necesita hablar con usted.

—¿Ahora?

—Sí. Le pide que suba. Está esperando en su habitación; tenemos alquilado todo el primer piso del hotel.

—Y a los matarifes se nos ha situado en la planta baja. Muy bien, dígale que iré inmediatamente.

—Yo también quería hablar con usted.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quería decirle que admiré mucho su pelea con Glenn, y sobre todo aquel disparo de revólver.

—Siga sintiendo admiración por esas tonterías y acabará colgando de una cuerda.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?

—No.

—Debería sentir más respeto por mí y contestar más amablemente. Soy la hija de su jefe.

Johnny Bulman la miró a los ojos como si examinara un insecto raro que por equivocación se hubiera metido en su cuarto.

—Yo no tengo jefes. Soy un granuja profesional que se limita a trabajar para el que mejor paga.

—Pero el que mejor paga es mi padre, ¿no?

—Pché.

Orosia, desorientada, pero hipnotizada también por la presencia magnética del hombre, se acercó dos pasos más a él.

—¿Es usted casado? —preguntó.

—¿Y a usted qué le importa?

—¿Dejaría a su mujer si yo se lo ordenara? Estoy acostumbrada a que los hombres se rindan a mis pies.

—El día que yo me eche a sus pies será para robarle los zapatos y vendérselos a una india roja, hermana.

Orosia apretó los labios con fuerza, sintiéndose ultrajada por el tono despectivo y humillante del hombre.

Pero el hombre la deslumbraba; no podía evitarlo. Aquellos ojos sin brillo y que parecían mirar la vida con un constante desprecio; aquellos labios rectos y secos, que seguramente no habían besado a ninguna mujer; la pequeña cicatriz que convertía su rostro en un demonio de la lucha…

—¿Dónde le dejaron esa marca? —preguntó Orosia, acercándose más.

—En una pelea a sable con un mexicano. Fue en la ciudad de El Paso. El mexicano tenía una esposa muy bonita.

—Y… ¿usted quería llevársela?

—Yo no me llevo a las mujeres de otros —murmuró Johnny con desdén—. Simplemente ocurrió que aquel hombre le estaba pegando en plena calle, hasta dar la sensación de que la mataría. Para salvarla de los golpes tuve que dejarla viuda; cosas del destino.

—¿Y en Dodge conoce a alguna otra mujer?

—Ninguna.

—Entonces, puede que le interese conocer a la prometida de mi padre. Dicen que es de las mujeres más peligrosas que hay en todo Kansas. Deberá usted tener cuidado con ella.

—Si es la prometida de su padre, puede comérsela cruda. A mí no me importa.

Apartó con cierta brusquedad a Orosia, que aún se había acercado más a él, y se encaminó hacia la puerta.

—Vamos a ver qué es lo que quiere.

Iba a abrir la puerta cuando Orosia se lo impidió pegándose a su brazo.

—Tengo que hacerle una pregunta, Johnny.

—¿No ha hecho bastantes? ¿Qué quiere saber ahora? ¿Mi edad?

—Su edad es lo de menos, porque se le adivina joven. Lo que he de preguntarle es mucho más importante.

—Está bien, dígalo.

—¿Cuánto quiere por matar a esa mujer?

Johnny no pareció inmutarse siquiera.

—¿Qué mujer?

—La que pretende casarse con mi padre.

—¿Por qué la odia usted? ¿No quiere tener una madrastra?

—Sé que si mi padre se casa con ella acabará enloqueciendo y no sentirá el menor cariño por mí.

—¡Bonita niña mimada…!

—Diga… Es sólo cuestión de precio. ¿Cuánto quiere?

Johnny Bulman sonrió con indiferencia, con sequedad, como si todo aquello, en vez de indignarle, le pareciese aburrido.

—Deje que la conozca primero.

Volvió a desasirse de la presión de las manos de Orosia, abrió la puerta y salieron ambos de la habitación, encaminándose hacia las escaleras que subían al primer piso.

Prácticamente, Hartley se había convertido en el dueño del hotel entero, porque él ocupaba todas las habitaciones del primer piso y sus pistoleros las de la planta baja. Se veía a varios individuos bien armados haraganeando por los pasillos. Todos ellos formaban la guardia de corps de Hartley, un hombre tan poderoso como ningún otro se había conocido en Dodge City.

Llegaron al piso superior.

—Es aquella habitación —indicó Orosia.

Johnny, sin pestañear, empujó las hojas de madera y entró en el lujoso aposento. Éste era el mejor del hotel y estaba amueblado con piezas de gran calidad y decorado con cortinas de terciopelo rojo. En pie junto a un tresillo, un hombre y una mujer entrechocaban sus copas brindando con champaña.

El hombre era Hartley.

Y en cuanto a la mujer…

Johnny entrecerró los ojos, mientras sus labios murmuraban:

—Hermosa, arrebatadora y podrida Judith Labian…

* * *

La mujer, que iba a llevarse la copa a los labios volvió la cabeza.

La copa se estrelló contra el suelo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó duramente Hartley.

—¡Oh, nada! Perdona, ha sido un momento de distracción. ¿Quieres que recoja los cristales?

—Recógelos.

Ella, servilmente, se inclinó. Cualquiera hubiera podido notar que sus labios temblaban. Con la más perfecta impasibilidad, Hartley la estuvo mirando mientras ella realizaba aquella humillante tarea.

—¿No tiene criadas el hotel? —preguntó de repente Johnny—. ¿Por qué no llama a una?

Hartley se volvió de repente.

—Ah, Bulman, está usted aquí…

—¿No me ha visto?

—Creo que su tono es demasiado duro —Hartley miró a su hija —. ¿Ya sabe ese hombre, Orosia, con quién está hablando?

—Lo sé perfectamente —dijo Johnny—, con el que en este momento es el hombre más poderoso de Kansas.

—Y uno de los hombres más poderosos de todo el Oeste. Quería hablar con usted, Bulman.

—Para eso he subido.

Judith Labian había terminado de recoger los pedazos de cristal. Y ahora estaba en un rincón, quieta, respirando agitadamente.

—Me gustó su pelea con Glenn, con ese pobre zaparrastroso — siguió diciendo Hartley.

—A mí también. Lo único que no me gustó fue el final.

—No le conozco, Bulman. Parece como si fuera un niño tonto de esos que no se atreven a matar a nadie.

—Ponga diez dólares en cada tumba donde haya un hombre muerto por mi y me haré rico —dijo despectivamente Johnny.

—Bueno, no discutamos eso ahora —decidió Hartley, haciendo un amplio movimiento con los brazos—. Lo importante es que me he dado cuenta de que usted es el mejor pistolero de que dispongo, y he pensado en nombrarle mi lugarteniente para la gestión de los negocios que me han traído aquí.

—Yo creí que había venido a Dodge a casarse —musitó Johnny, dirigiendo una rapidísima mirada a Judith.

—Casarme es una de las cosas que tengo que hacer aquí, pero no la única. He de ponerme también en contacto con un tipo muy peligroso, un tal Larsen, para hablar de negocios con él.

—Larsen es un vendedor de armas. Todo el mundo lo conoce en esta parte del Oeste —dijo Johnny—. ¿Qué le quiere comprar? ¿Un revólver especial que al dispararse toque la marcha fúnebre?

—Las armas son también mi negocio —dijo tranquilamente Hartley—. ¿No lo sabía?

—No.

—Claro, es usted nuevo en la organización, porque le contraté a mi paso por la ciudad de Amarillo. Se le puede perdonar que no conozca demasiados detalles. Pero uno de mis, principales negocios es el tráfico de armas a través de la frontera con México.

—Tenía idea de que eso estaba prohibido.

Hartley lanzó una alegre carcajada y se sirvió otra copa de champaña, bebiéndola sin dejar de mirar a Johnny.

—¿De verdad le preocupan a usted las cosas que están prohibidas, Bulman? ¿A qué creía que me dedicaba? ¿Pensaba acaso que yo iba a México a oír las guitarras y ver corridas de toros?

—Claro que no. Y al decir que está prohibido no significa que me guste o no me guste; sólo pretendo decir que todas las cosas que se hallan fuera de la ley entrañan un mayor riesgo.

—No se preocupe por eso. Usted sólo tendrá que conseguir de Larsen un precio ventajoso para una partida de seis mil rifles que le pienso comprar. V al mismo tiempo, como es rápido con el revólver, tendrá que estar atento a cualquier añagaza que él le vaya a preparar. No hay ninguna otra clase de riesgos, porque el *sheriff* de Dodge City está de nuestra parte.

Como si estas palabras hubieran sido una señal, la puerta exterior se abrió en aquel momento y un hombre de mediana edad, vestido con la elegancia de un tahúr y luciendo una estrella en el pecho, entró en la habitación poco a poco.

—Hola, Hartley —dijo amistosamente—. Veo que tienen ustedes una especie de reunión familiar.

—Sí. Le presento a Johnny Bulman, mi nuevo lugarteniente. Justamente le estaba explicando que deberá entrevistarse con Larsen y que no tiene nada que temer de la ley, porque usted estará de nuestra parte.

El *sheriff* miró a Johnny.

—Por supuesto, Hartley y yo es como si fuésemos una misma persona, ¿entiende? Por cierto, usted es el de la pelea de esta mañana…

—El mismo.

—Buena técnica. Lo único que siento es que la pelea haya sido tan breve. Hará carrera en Dodge City si continúa al lado de nuestro buen amigo Hartley. Y ahora, ¿qué les parece si hablamos de mi participación?

—Claro —Hartley miró a Johnny, mientras movía la cabeza afirmativamente—. El *sheriff* tiene una participación de mis beneficios, como es lógico. Y puesto que ya le he dicho que usted es mi lugarteniente, Bulman, y usted ha aceptado el trabajo, nada más tenemos que hablar.

La frase equivalía a una despedida. Los labios de Johnny Bulman se distendieron en una sonrisa que no hubiera podido decirse si era de cortesía o de muerte.

—Ya me dirá cuándo tengo que entrevistarme con Larsen —gruñó mientras se encaminaba hacia la salida.

Y en ese momento, Judith Labian, que estaba al fondo de la pieza, abrió la boca por primera vez.

—Creo que no nos has presentado —dijo mirando a Hartley.

—¡Ah, claro! Pero yo no puedo presentarte a todos mis pistoleros, nena.

—Johnny Bulman no es un pistolero vulgar. Acabas de nombrarle lugarteniente.

—Está bien; gracias a eso le haré el honor de presentarte. Bulman, ésta es Judith Labian, mi prometida. Acércate, Judith, y dale la mano a este caballero. Que yo lo vea.

La mandaba como si fuese un perro. Por los ojos de Judith pasó un relámpago de orgullo, una especie de brillo febril, que indicaba lo que aquella mujer sería capaz de hacer el día que perdiese su aparente mansedumbre. Pero en seguida sus ojos se encontraron con los de Johnny Bulman y perdieron aquel brillo peligroso para apagarse tristemente y adquirir el color de dos pozos de agua muerta.

—Es para mí un placer, señor Bulman —dijo.

—Mucho mayor es el mío. Supongo que no todo el mundo

tendrá el honor de estrechar la mano de Judith Labian.

En su entonación había como una ironía que ella encajó cerrando los ojos y hundiendo un poco la cabeza.

Luego, Johnny la soltó y se dirigió a la puerta.

—Tú también puedes irte, Judith —dijo Hartley—. Enciérrate en tu habitación y luego pasaré a buscarte. Necesitamos estar solos el *sheriff* y yo.

A pesar de estas palabras, Orosia permaneció sentada en una de las butacas, como si aquello no fuese con ella. Johnny se retiró por una puerta y Judith por otra.

Era una maravillosa ocasión para encontrarse los dos en el pasillo, si aprovechaban los minutos. En los ojos de Judith, antes de que la puerta se cerrara tras de ella, hubo un relámpago que cualquier hombre hubiese entendido y que sólo podía significar: «Espérame. Te encontraré dentro de unos instantes».

Pero Johnny fingió no entender, como si no tuviese la menor experiencia en materia de mujeres. Salió al pasillo y en lugar de aguardar se encaminó directamente a la puerta del hotel, encontrándose en la calle apenas dos minutos más tarde.

Siguiendo pensativamente la dirección que llevaba la multitud, se encontró en las puertas del Blue Star Saloon, el más lujoso de Dodge City, que se inauguraba aquella noche.

Una leve ojeada le bastó a Johnny para darse cuenta de que el Blue Star era mucho más importante y atractivo para el público que la casa de juego de Judith. En ésta no entraba materialmente nadie, mientras que el local recién inaugurado se iba abarrotando por instantes de un público bullicioso y que anhelaba dejarse el dinero en las ruletas o en las mesas cercanas a los escenarios.

Johnny entró también, pudo encontrar una mesa algo apartada y se sentó a ella.

Pero a pesar de haber elegido la mesa más discreta, uno de los escenarios estaba apenas a diez pasos de él.

El Blue Star consistía en un gran local cuadrado, en tres de cuyos lados había una barra y un escenario, quedando solamente libre un costado para las ruletas. El espacio central estaba lleno de mesas, y a las salas de juego situadas al fondo se entraba alegremente por uno de los escenarios.

«Todo está hecho pensando en los gustos de la gente de Dodge

City —pensó Johnny—. Mientras los conductores de manadas no lo destruyan».

Pidió al camarero una botella de *whisky*, y mientras bebía el primer vaso miró pensativamente a los escenarios, en cada uno de los cuales escogidas bailarinas interpretaban danzas distintas, pero todas igualmente inflamables y aptas para los fuertes gustos del público de Dodge City.

Iba Johnny a servirse el segundo vaso cuando creyó notar que una sombra ancha y espesa se proyectaba sobre su mesa.

Alzó el rostro.

No era una sombra, sino dos.

Dos tipos altos y fuertes a los que no conocía.

—¿Quieren sentarse, forasteros? —preguntó—. ¿Les interesa una partida?

—¿Es usted jugador profesional además de pistolero? —Gruñó uno de los dos, abriendo la boca por primera vez.

—No. Sólo juego con los hombres a quienes tengo que matar, para que así se vayan divertidos a la tumba.

Los dos tipos lanzaron a la vez una nerviosa carcajada.

—¡Vaya! Tiene ganas de broma.

—No, pero conozco a la gente de Kansas. Ustedes son dos conductores de manada, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Por sus caras de animales. Supongo que, además, esta mañana me han visto pelear con Glenn.

—Exacto.

—Y ahora piensan que podrían adquirir fama en esta ciudad, y llevarse de calle a las mujeres más bonitas, si me despacharan de un balazo o me trituraran con sus puños, ¿no es así?

Los dos hombres hicieron a la vez el mismo gesto de rabia.

—¿Para qué vamos a esperar más? —gritó el que había hablado antes—. ¡Tira, Bill, tira!

Con esa rapidez de pensamientos que da el vivir siempre entre peligros, Johnny comprendió que ninguno de los dos hombres que tenía enfrente se llamaba Bill.

En efecto, los dos llevaban las iniciales de sus nombres bordadas en las camisas, como unos presumidos. Y una inicial era una «C» y la otra una «H».

Con un instintivo movimiento, Johnny se dejó caer hacia atrás derribando la silla, mientras con sus rodillas derribaba la mesa sobre sus enemigos.

Un tipo delgado, pequeño, simiesco, con algo sucio e innoble en su mirada, estaba a unos pasos de distancia con el revólver ya dispuesto. Lanzó un grito al ver que Johnny le miraba a la cara.

La sorpresa le paralizó una fracción de segundo, y esa vacilación le resultó fatal. No es lo mismo matar a un hombre por la espalda que verlo frente a frente. Cuando quiso apretar el gatillo ya una de las balas de Johnny le había penetrado por la mandíbula, atravesándole la cabeza de abajo arriba.

Johnny, todavía en el suelo, se contorsionó como un gato, para dar frente a sus dos primeros adversarios.

Éstos habían perdido el equilibrio al recibir el golpe de la mesa, pero ya estaban en pie con sus revólveres dispuestos.

Uno de ellos logró disparar y la bala le causó un doloroso rasguño en la oreja izquierda a Johnny.

Pero el tipo que había sido más rápido en disparar fue también el más rápido en morir.

Johnny le atravesó el corazón al primer disparo y giró rápidamente el revólver para enfrentarlo al último enemigo.

Los dos hicieron fuego a la vez.

Johnny sintió que la bala aullaba junto a su cuello y tuvo como una instantánea contracción. Esto le hizo fallar el balazo que iba dirigido al corazón de su enemigo y sólo le alcanzó en el hombro, astillándole la clavícula.

El vaquero lanzó su revólver como si quemase, mientras gritaba:

—¡Noooo!

Había creído que Johnny le remataría fácilmente ahora que estaba herido.

Johnny se puso en pie, guardó el revólver y dijo al camarero que estaba más próximo:

—Queme alcohol sobre la hoja de un cuchillo.

—¿Quemar alcohol? Pero ¿qué es lo que va a hacer?

—Este tipo tiene la bala clavada en muy mal sitio y se le puede deshacer el hombro fácilmente si hace un mal movimiento… Tiéndalo sobre una mesa y ayúdeme.

Ni qué decir tiene que la música había cesado y que todo el

mundo estaba pendiente de aquellas escena. Las bailarinas miraban, sin darse cuenta de que tenían aún las faldas levantadas en un pícaro gesto. No se oía en el saloon ni el tintinear de una copa.

A Johnny le entregaron un cuchillo cuya hoja había sido quemada, y se acercó con él al herido, que resoplaba sobre una mesa igual que si fueran a degollarle.

—No podrías tirar el lazo nunca más si esto se te dejara así, amigo —murmuró Johnny—. Y acuérdate otro día de que ser presumido y ser traidor son dos cosas que suelen llevar a la tumba.

Le hizo una habilísima incisión junto a la herida, taponando la hemorragia con el mantel limpio de la mesa, el cual lo había empapado previamente con licor. El herido lanzó un grito al sentir la hoja de acero dentro de su carne. Y volvió a gritar para perder en seguida el conocimiento cuando la bala pareció salir sola, impulsada por los hábiles movimientos del cuchillo de Johnny.

Éste hizo un somero vendaje de la herida con varias tiras del mismo mantel.

—Ya pueden llevárselo y meterlo en la cama —dijo—. ¿No hay aquí ningún amigo de este hombre?

Dos tipos con aspecto de conductores se despegaron de la muchedumbre.

—Nosotros nos lo llevaremos. Somos de su mismo equipo.

Sin demasiados miramientos se cargaron al herido, sacándolo fuera de allí. El pianista que estaba junto al escenario más cercano gritó: «Bueno, chicas, que haya alegría», y atacó con sus dedos nerviosos el

can-can.

Las muchachas alzaron las piernas y otra vez la muchedumbre volvió a lanzar alaridos de entusiasmo.

En menos de diez segundos el Blue Star Saloon volvió a recobrar el ritmo trepidante y desenfadado bajo el que acababa de nacer.

Johnny pasó junto a la barra, para dirigirse a la puerta mientras dos camareros sacaban los cadáveres a la calle. Un barman corrió hacia él para ponerle ante los ojos, sobre la barra, una botella del mejor *whisky*.

Johnny se detuvo.

—Yo no he pedido nada —dijo.

—La casa invita.

—Gracias. Beberé sólo una copa.

Destapó la botella y se sirvió. En este momento, uno de los matones del local sujetó por el cuello de la camisa a un tipo que estaba al lado de Johnny.

—¡Aparta, desgraciado!

El hombre salió disparado hacia atrás y quedó instantáneamente un espacio libre. Este espacio fue ocupado por una cosa suave, ondulante, rubia, perfumada, que atraía las miradas de los hombres como una obsesión.

Johnny miró por encima del borde de la copa a la mujer que acababa de situarse a su lado.

—Usted debe de ser la dueña de este local, ¿no?

—¿Cómo lo ha, adivinado?

—Por dos cosas: porque sus joyas son auténticas y porque la respetan.

La dama rió, haciendo que sus labios se separaran como dos mitades de una fruta madura.

—En efecto, tienes razón. Soy Sally Astor, la dueña de esta jaula. ¿Qué te parece mi local?

—El mejor de Dodge City.

—Gracias. ¿Y qué te parezco yo?

—La fachada es también de lo mejorcito, pero falta ver el interior.

Ella volvió a reír, contemplándole fijamente.

—¿Sabes que eres el primer hombre que ha peleado en mi local?

—Lo supongo, porque se ha inaugurado hace apenas media hora.

—Vas a darme mala fama.

—No me riñas o me voy a echar a llorar.

Bebió un trago de su copa, se sirvió otra y se la bebió también. El fuerte *whisky* parecía resbalar por su garganta como si fuese agua pura.

—Lo que más me ha gustado —dijo ella, acercándose un poco más— es lo que ha venido después.

—¿Lo del herido?

—Sí, esa magnífica extracción de bala.

—¡Bah! Lo hace cualquiera.

—Te equivocas. Entiendo mucho de heridas y puedo asegurarte

que una bala en la clavícula no se extrae así como así.

—Simple cuestión de suerte. A uno le salen mejor las cosas cuando ha bebido dos o tres copas de licor.

—Tú te llamas Johnny, ¿verdad?

—Veo que me voy haciendo popular.

—¿Y qué has venido a hacer a Dodge City?

El bebió la tercera copa.

—A las tres cosas por las que viene todo el mundo: a hacerme rico, a matar hombres y a conquistar mujeres.

Ella le miró. Sus ojos se habían ensombrecido de repente. Durante unos segundos había cesado la música y por contraste se parecía escuchar el silencio.

—Johnny…

Fil la miró.

Había pena en los ojos de la mujer.

Y sus labios parecieron distenderse en una mueca de dolor cuando Sally preguntó:

—¡Oh, Johnny, Johnny! ¿Pero te das cuenta? ¿Cómo es posible que tú, uno de los mejores médicos de Filadelfia, hayas podido llegar a esto?

CAPÍTULO III

Los pistoleros empezaron a disparar al aire sus revólveres, ebrios de entusiasmo ante las acrobacias de las bailarinas, mientras los gritos aumentaban y la atmósfera del saloon se iba espesando más y más, hasta llegar a tener un extraño sabor a tabaco y a sangre.

Sally Astor tuvo que acercarse más para susurrar:

—¿Cómo has llegado a esto, Johnny? ¿Cómo has podido caer en este pozo negro de Kansas, en esta ciudad maldita que es Dodge…, manejando el revólver como si fueses un granuja más?

Johnny bebió otra copa.

—Por la sencilla razón de que soy un granuja —contestó—. Y todo esto me atrae.

Ella tiró de la delgada cadena de oro que asomaba por uno de los bolsillos de la camisa del joven. El reloj del mismo metal que asomó a continuación de la cadena era quizá el único objeto de valor que Johnny llevaba encima.

Sally abrió la tapa, leyendo la inscripción que había en la parte posterior de la misma:

«A nuestro admirado compañero Johnny Bulman, el mejor médico y mejor amigo de nuestra promoción. Como homenaje de los que esperan llegar algún día a ser como él. Filadelfia, año del Señor de 1870».

Sally dejó de leer en voz alta.

Diríase que en su garganta se había truncado un sollozo.

—Filadelfia, 1870 —susurró él—. Y ahora estamos en Dodge City, y cinco años más tarde. ¿Qué importa lo demás?

—Yo vi este reloj hace tres años —musitó Sally—. Lo tuve en mis manos trémulas durante varias horas, ¿no lo recuerdas?

El evitó mirarla.

—Claro que lo recuerdo. No hubiera podido confundirte entre cien mujeres, pero esperaba que tú no me reconocieses a mí. Tres años son mucho tiempo para un hombre que bebe y que se deja marcar cicatrices por los machetazos de un mexicano. Pero no he debido cambiar lo suficiente. ¿No quieres una copa, Sally? Al fin y al cabo, eres tú la que paga.

—¿Cómo has podido volverte tan cínico, Johnny? ¡Dios mío! ¿Cómo han podido cambiar las cosas así?

—No ha cambiado nada.

Ella le devolvió el reloj, poniéndolo delicadamente en el bolsillo de la camisa del hombre.

—Hace tres años lo tuve en mis manos durante largas horas —repitió.

—Sí. Lo recuerdo como si ahora mismo estuviese viviendo otra vez aquello. Te lo di para que vigilaras el ritmo de la respiración de tu hijo mientras yo esperaba que pasase la crisis antes de disponerme a operar. Tu hijo era muy hermoso, Sally. ¿Qué es ahora de él?

Sally cerró los ojos.

—Murió.

—Lo siento, Sally, cree que lo siento —dijo él, notando que le temblaba la voz. Para disimularlo bebió otra copa—. ¿Cómo fue? ¿Qué sucedió?

—Tuvo otro ataque y esta vez no pudo encontrar un médico tan bueno como tú. Fue en San Luis, hace año y medio. Entonces mi marido y yo nos dedicamos a jugar en los barcos de placer que surcan el Mississippi. Supongo que habrás imaginado… que ahora soy viuda.

—Me imagino también que nadie lo sabe.

—Nadie excepto tú. Sally Astor perdería su encanto si los hombres supieran que ha tenido un hijo y que ha estado casada con un hombre a quienes unos cuantos jugadores rivales mataron en San Luis como si fuese un perro. Sally Astor debe ser para ellos una mujer en cuyo pasado haya muchos hombres. ¡Si supieran la verdad…!

El puso una de sus manos, ruda y fuerte, sobre la izquierda que la mujer tenía apoyada en la barra.

—Acude a mí si alguna vez me necesitas, Sally. Creo que todavía

estaré una temporada en Dodge.

Fue a apartarse, pero ella le retuvo todavía unos segundos junto a sí.

—Johnny…

—¿Qué?

—Aún no me has dicho por qué sucedió todo esto. Aún no me has dicho por qué te has transformado en el hombre que hoy tienen que ver mis ojos.

Johnny distendió los labios y volvió a sonreír con su expresión cansada y cínica.

—¿Preguntas qué sucedió? —dijo—. ¿No lo imaginas? El estúpido de Johnny Bulman se perdió por lo que se pierden todos los hombres. A causa de una mujer…

CAPÍTULO IV

—¡Esto va a ser un infierno! —exclamó Putnam, uno de los más antiguos habitantes de Dodge City—. ¡Van a pasar aquí cosas mucho más terribles que en la época de las cabalgadas indias!

Y se llevó pesarosamente una mano a la cabeza, como si quisiera tirar de sus cabellos. Johnny Bulman, que estaba junto a él apoyado en la barra del porche, preguntó:

—¿A qué se refiere?

—Mire aquella nube de polvo.

Johnny miró. Desde la parte de la calle en pendiente donde se encontraban, se distinguía una densa zona de llanura, y ésta se veía casi verticalmente cubierta por una interminable nube de polvo.

—Supongo que es una manada, ¿no? —preguntó al viejo—. Y esto no tiene nada de extraño en Dodge City.

—Es que no es una manada como las otras. Vienen ahí una cantidad inmensa de cabezas dispuestas a ser embarcadas en el primer tren. Y los que las conducen son los hombres de Duncan.

—¿Quién es Duncan?

—Un conductor de manadas famoso por tener el equipo más pendenciero que hay en toda esta tierra. Si eso les place, son capaces de arrasar la ciudad para divertirse. Fíjese a qué velocidad avanzan. Por lo menos llevan dos días de delantera sobre el plazo convenido, y aunque el ganado está flaco, podrán embarcarle con mucha anticipación. ¿Sabe lo que eso significa? Que Duncan estará contento y dará a sus hombres una sobreprima.

—Me parece muy natural, para eso han trabajado en firme.

—Pero con más dinero encima del que imaginaban, esos granujas convertirán la ciudad en una antorcha.

Johnny no tenía ganas de discutir sobre aquel tema, aunque el

viejo era simpático y seguramente no le sobraba razón.

—Pero Dodge City debe su vida al ganado y a sus conductores —dijo, de todos modos—. ¿Qué vamos a hacer? Las cosas son así y hay que resignarse.

A la luz incierta del anochecer, la manada se veía cada vez más cercana.

—¿No sabe que Hartley da una fiesta en el hotel Paradise para anunciar su próxima boda? —dijo el viejo—. A lo mejor se la estropean.

—No es fácil. Han puesto cuatro hombres de guardia en el hotel y los cuatro dispararán contra el primero que meta barullo. Esos vaqueros de Duncan elegirán para divertirse un sitio donde corran menos peligro.

—Por ejemplo, la casa de juego de Judith Labian.

—¿Qué ocurre con esa casa de juego?

—Creí que usted lo sabía. La última vez que Duncan y sus hombres estuvieron allí, Judith Labian les impidió la entrada en el local, porque dijo que no eran más que una pandilla de forajidos.

—¿Y qué?

—¿Y aún lo pregunta? Los de Duncan tenían que marcharse sin falta, pero juraron que la próxima vez que pisaran Dodge City incendiarían el local de Judith y pasearían a ésta por todas las calles de la ciudad, arrastrándola de una cuerda.

—Pero Judith está en la fiesta de Hartley ¿no?

—Así es. Y quizá eso la salve.

Johnny, que tenía un cigarrillo entre los labios, lo dejó caer pensativamente.

Sabía que dos manzanas más allá, en el hotel Paradise, acababa de empezar la fiesta de Hartley, una fiesta de gran gala como muy pocas se daban en Dodge City. No estaría de más darse una vuelta por allí, para ver lo que ocurría.

Pero en ese momento entró la manada.

Conducida por los gritos de los vaqueros y las fintas de sus caballos, la manada ocupó completamente la calle. Una nube espesa, asfixiante, de polvo, se levantó cubriéndolo todo. Los gritos y las carcajadas de los vaqueros eran el único sonido humano que se podía escuchar sobre el tempestuoso rumor de la manada.

Ésta estuvo circulando durante casi una hora, camino de los

apartaderos de la estación. Johnny, en ese tiempo, fumó varios cigarrillos mientras un sentimiento que no sabía explicarse nacía en su interior.

Por fin el paso de la manada cesó y el polvo empezó a depositarse otra vez sobre la calle. Dentro de media hora los vaqueros ya estarían libres y podrían convertir la ciudad en un infierno.

Arrojando al suelo los restos del último cigarrillo. Johnny cruzó entonces la calle y se dirigió al hotel donde se estaba celebrando la fiesta.

Como hacía calor, algunas personas habían salido al porche reservado. Dos o tres parejas se besaban furtivamente en la oscuridad. Orosia paseaba arriba y abajo con actitud indolente y no se dignó contestar al saludo cuando el anciano juez de Dodge City se quitó respetuosamente el sombrero ante ella al pasar por delante del porche.

Johnny vio también a los cuatro pistoleros seleccionados por Hartley, los cuales montaban guardia con sus rifles preparados, mirando a todo el mundo con ojos de perro de presa.

—Acaba de llegar una manada de conductores —les advirtió Johnny—. Va a haber jaleo. No provoquéis a nadie, pero tirad sin contemplaciones contra todo aquel que intente penetrar en el hotel.

—Yo ya tengo ganas de ver sangre —gruñó uno de los granujas —. Esto no parece Dodge…

Como contradiciendo lo que el pistolero acababa de opinar, Orosia murmuró con gesto despectivo:

—¡Qué repugnante ciudad! ¡Todo huele aquí a piel de animal, a sudor de caballo y a roña de pistolero! No sé por qué mi padre ha tenido que traerme a un lugar tan infecto.

—Sus motivos tendrá. ¡Ah! Y otra vez, cuando el juez la salude, responda.

—Mi categoría me impide saludar a personas de poca monta. ¡Bah! ¡Gentuza que tiene que trabajar para vivir!

Johnny comprendió que si continuaba dos minutos más frente a aquella muchacha le partiría los dientes de un revés, y por eso decidió dar media vuelta y alejarse.

Pero ella le detuvo.

—Aún tiene que darme la respuesta a algo que le pregunté el

otro día. ¿Cuánto quiere por el trabajo que le encargué?

—Todos sus dientes —dijo Johnny desdeñosamente— arrancados a lo vivo.

Terminó de darse la vuelta y fue definitivamente a beber un par de copas al Blue Star Saloon, pensando no acercarse a la fiesta en todo lo que restaba de noche.

No bebió una copa, sino cuatro.

E iba ya por la quinta deseando olvidar sus negros pensamientos cuando oyó una sarta de disparos y el estrépito fenomenal de los vaqueros de Duncan cuando éstos entraban a sangre y fuego en la ciudad.

En el interior del Paradis Hotel, donde se estaba celebrando un aristocrático baile a los acordes de los últimos bailes europeos, la orquesta tuvo que cesar también cuando se oyó aquel fenomenal estrépito.

—¿Qué es eso? —preguntó Hartley, soltando a su pareja en aquel momento, una opulenta rubia que quería desbancar a Judith.

—Los conductores de alguna manada que se disponen a divertirse, señor —dijo el director de la orquesta—. Si usted no se opone, podemos continuar. En Dodge City son corrientes estas cosas.

—Continúen —decidió Hartley.

Y Orosia, que acababa de entrar, gruñó:

—¡Qué ciudad más poco distinguida!

La orquesta atacó el principio de un vals, pero tuvo que cesar porque los disparos parecían oírse dentro mismo del hotel. Hubo un instante de vacilación y duda entre las parejas. De repente, las grandes puertas que se abrían al porche se abrieron de par en par.

Los cuatro pistoleros que Hartley había designado para la vigilancia, entraron desarmados y con los brazos en alto.

Los cuatro estaban heridos, aunque levemente. Sólo lo indispensable para que tuvieran que soltar sus rifles y olvidarse de hacer resistencia. Sus facciones brutales estaban ahora deformadas por el terror.

Detrás de ellos entraron siete hombres cubiertos de polvo, con las piernas curvas a causa de vivir siempre a caballo, las camisas abiertas mostrando el vello de sus pechos y con dos revólveres amartillados cada uno. Eran los vaqueros de Duncan.

Duncan iba en el centro. Su barba de un mes y su sonrisa torcida le daban aspecto de una fiera hambrienta.

—Vaya, vaya —gruñó—. ¿De modo que tenemos una fiesta?

El silencio era absoluto oyéndose tan sólo el compás de las respiraciones y el frufrú de las sedas de las mujeres a cada movimiento que hacían.

Fácilmente se advertía que ese frufrú estaba volviendo locos a los salvajes vaqueros de Duncan.

Hartley, pálido como un muerto, se adelantó unos pasos.

—Debo advertirles que esta fiesta es privada —dijo—. ¿No me conocen? Soy Hartley.

—A la única que conocemos aquí —dijo Duncan torciendo la boca— es a Judith Labian. Ya nos han dicho, con razón, que estaba en esta fiesta.

—Pero ella no es la única —gritó uno de los pistoleros—. ¡Diablo, y qué mujeres! ¡Fíjese, jefe, en el escote de ésa! ¡Y en los zapatitos de esa otra! ¡Parece mentira que pueda ponerse en pie!

—Habrá para todos —rió Duncan—. Mis hombres quieren bailar y beber hasta la madrugada. De modo, damiselas, que ya os podéis ir animando como si fuerais unas vulgares mujerzuelas de saloon. O hay alegría aquí o acabaréis ahorcadas cuando amanezca. ¡Usted, Hartley, apártese! ¡Judith Labian es mía por esta noche!

En vista de que nadie se movía gruñó a los músicos:

—¡Tocad algo alegre, muertos! ¡Una polka, por ejemplo! ¡Rápido, si no queréis que os despierte a tiros!

Los músicos, aterrorizados, atacaron febrilmente los primeros compases. Los cuatro guardianes de Hartley seguían con los brazos en alto.

—¡Vosotros también podéis divertiros! —gritó Duncan—. ¡Sois libres! ¡Elegid a las muchachas que más os gusten!

Los cuatro granujas lanzaron a la vez un grito de entusiasmo y fueron a abalanzarse hacia adelante, olvidándose de que Hartley les había pagado para lo contrario. Un insano deseo babeaba en sus labios. Pero cuando estaban a punto de rozar a los primeros invitados, los hombres de Duncan lanzaron a coro una bestial carcajada.

Sin dar descanso a sus gatillos, empezaron a disparar.

Los cuatro guardianes, alcanzados por la espalda, lanzaron

grotescos alaridos mientras se retorcían de dolor. Un grito de espanto partió de los espectadores ante el cobarde asesinato. Pero los vaqueros de Duncan continuaron disparando hasta que los cuatro pistoleros quedaron irreconocibles.

—¡Y ahora, ahorcadlos! —gritó Duncan—. ¡Quiero que adornen la sala! ¡Pronto! ¿Para qué tenéis vuestros lazos?

Riendo, aquellas fieras con figura humana se aprestaron a obedecer. Eran maestros en el arte de ahorcar a un hombre, y aunque los muertos no suelen dar demasiadas facilidades para estas cosas, pronto los cuatro cadáveres colgados «adornaban» macabramente el salón de la fiesta.

Duncan aulló:

—¡Alegría!

Los músicos, inmovilizados por el horror, tuvieron que empezar a tocar otra vez. Los alegres aires de la polka inundaron el aire. Duncan y sus hombres se dirigieron al buffet y se apoderaron de las mejores botellas. Después de animarse aún más con un par de tragos, sus ojos inyectados en sangre empezaron a buscar mujeres.

Todas ellas lanzaban gritos intentando cobijarse, y Orosia estaba a punto de sufrir un desmayo. La única que conocía bien todo aquello y sonreía con desprecio, con asco, era Judith Labian.

Dos pistoleros levantaron a una muchacha —la más joven de la fiesta, pues apenas tendría diecisiete años— y la hicieron ponerse de pie sobre una mesa.

—¡Baila!

Ella comenzó a moverse de forma ridícula, a punto de llorar.

—¡Hemos dicho que bailes!

Como ella no obedeciera, empezaron a disparar a sus pies, haciéndole dar cómicos saltos. Las carcajadas se hicieron más brutales cada vez, mientras que Duncan se dirigía hacia Judith Labian.

Ésta continuaba sonriendo con el mismo desprecio.

—¿Creías que no iba a volver, eh? —Eructó Duncan.

—No; todo lo contrario. Las alimañas siempre vuelven.

—Parece que no te soy muy simpático. ¿Sabes lo que va a ocurrir con tu casa de juego?

—Sí, que la incendiaréis.

—¿Y sabes lo que va a ocurrir contigo?

—No me da la gana saberlo.

—Pues voy a empezar por besarte. Pero no de cualquier modo, no. ¡El viejo Duncan tiene su secreto! Ven aquí, paloma.

—Voy, pichón…

Y Judith, sin dejar de sonreír, se acercó un poco más y le escupió a la cara.

Duncan lanzó un alarido, y sus manos convertidas en garras fueron a dirigirse al cuello de la mujer. En ese momento, la muchacha a la que hacían bailar sobre la mesa saltó e intentó ganar desesperadamente la puerta.

Uno de los vaqueros la siguió riendo.

—¡No huyas, corderita! ¿Es que crees que vas a llegar más lejos de esa puerta?

La muchacha, corriendo con agilidad de gacela, llegó a tocar las hojas de madera de la entrada. Consiguió empujarlas antes de que los brazos del pistolero la aferrasen. Lanzó un grito cuando aquellas manos brutales la obligaron a volverse.

Todos los vaqueros de Duncan estaban pendientes de la persecución, que les parecía un espectáculo excitante y lleno de interés. Pero cuando el granuja logró sujetar a la chica, la cosa ya dejó de ser emocionante. Se volvieron para dedicarse cada uno a la presa que había elegido.

Pero hicieron mal en no prestar atención a aquello, a lo que ocurría junto a la puerta.

Ninguno vio cómo el vaquero soltaba de repente a la muchacha, queriendo llevar sus manos a los revólveres.

Sólo se dieron cuenta de lo que sucedía cuando oyeron aquel grito desgarrador, inhumano, loco.

Todos se volvieron ahora a la vez. Pudieron ver que el vaquero había girado de nuevo hacia la sala y tenía las manos apretadas contra el estomagó como si hubiera recibido allí un golpe. Duncan rió:

—¿Serás imbécil como para haberte dejado pegar por esa palomita? ¿Pero en qué demonios piensas, Larkey?

El llamado Larkey retiró entonces las manos que tenía apretadas contra el estómago.

Todos vieron que llevaba un monumental cuchillo «Bowie» clavado allí hasta las cachas. Daba incluso la sensación de que la

punta había tenido que salir por el otro lado del cuerpo.

Duncan rugió:

—¿Pero, quién ha…?

En aquel momento las puertas exteriores del local se volvieron a abrir lentamente y un hombre entró poco a poco. Los músicos que hasta aquel momento habían tocado, dejaron sus instrumentos con una serie de sonidos roncos. El silencio se hizo tan espeso en el salón de baile del hotel Paradise, que todos oyeron el latir salvaje de sus propios corazones.

El recién llegado avanzó, haciendo tintinear suavemente sus espuelas.

—¿Qué ocurre? —preguntó al notar aquel silencio—. ¿Dónde está esa alegría? ¿No estaban ustedes dispuestos a pasar una noche en grande?

Larkey, llevándose otra vez las manos al estómago, cayó para siempre con un alarido, mientras espesas bocanadas de sangre brotaban de sus labios.

Éste fue el único sonido que se escuchó en el salón del hotel Paradise, además del tintinear de las espuelas del recién llegado.

—¿Quién eres? —rugió Duncan—. ¿Qué es lo que buscas aquí?

—Divertirme.

—Pues súmate a la fiesta.

—Es que yo me divierto de una forma muy especial.

—¿Sí? ¿Cómo te diviertes tú?

—Matando hombres.

Duncan no lo notó, pero de entre sus labios empezó a brotar como una especie de espuma.

—¿Te has dado cuenta de que somos seis contra uno? ¿Quieres acabar colgado como esos hombres?

—Puede que yo acabe colgado. Pero antes os colgaré a todos vosotros para que me digáis cómo se está.

—¿Cómo te llamas? —rugió Duncan—. ¡Te mataré yo mismo!

—Me llamo Johnny Bulman —dijo, aburridamente el recién llegado—. ¿Has aprendido mi nombre? Johnny Bulman.

—Muy bien, tú lo has querido. ¡Muchachos, a por él! ¡El que le arranque el corazón tendrá la mujer más bonita de la fiesta!

Tres pistoleros, los tres más borrachos o decididos, se lanzaron a la vez sobre Johnny sacando sus revólveres.

Johnny comprendió instantáneamente que no podría matar a los tres antes de que ellos le exterminaran. Por eso hizo algo que no esperaba nadie. Tiró una vez, atravesando la cabeza del enemigo más cercano, y de un segundo balazo partió en dos la cuerda del ahorcado que tenía casi encima suyo. Dando un puntapié al cadáver antes de que llegara al suelo, lo envió contra los otros dos enemigos, que ya casi juntos levantaban los revólveres contra él.

El muerto y los vivos rodaron estrepitosamente por tierra, mientras las mujeres lanzaban gritos desgarradores en la sala.

Johnny hizo dos disparos más y en el montón donde había dos vivos y un muerto, hubo en seguida tres muertos solamente.

Duncan y los tres vaqueros que quedaban con vida corrieron a parapetarse tras las mesas atiborradas de botellas. Johnny aún tuvo tiempo de volverse a la orquesta y gritar:

—¡Vamos, muchachos! ¡Alegría!

El director de la orquesta tartamudeó:

—¿Qué…, qué quiere, que toquemos, señor?

—¡Lo más alegre que tengáis! ¡Una marcha fúnebre!

Los cuatro vaqueros estaban a punto de alcanzar las mesas.

Judith Labian puso la zancadilla a uno y éste cayó rodando mientras lanzaba una sarta de maldiciones. Johnny se la cortó en seco volándole la cabeza.

Sólo le quedaban dos balas en el revólver.

Y había tres pistoleros ante él.

Duncan, mientras disparaba frenéticamente sin saber adonde, gritó:

—¡No tengáis piedad! ¡Acorraladle!

Johnny musitó:

—¿Quién habla de piedad?

Cuando Duncan iba a apuntar mejor, dos de los invitados cayeron sobre él y le sujetaron brutalmente, desarmándole. Los dos vaqueros que quedaban vivos se sintieron perdidos instantáneamente. Se pusieron en pie para barrer la sala con plomo y liquidar a todo el que se encontrara por delante, hombre o mujer, con tal de morir matando.

Pero Johnny no les dejó tiempo para eso.

Las dos únicas balas que le quedaban en el revólver brotaron del cañón y atravesaron rugiendo las cabezas de los dos individuos.

En cuanto a Duncan, se debatía desesperadamente bajo el peso de una masa de hombres y mujeres que le estaban linchando.

—¡Alto! —gritó Hartley—. ¡Vamos a ahorcarlo! ¡Vamos a ahorcarlo como se merece, en el centro de la sala!

Todos los invitados masculinos, hombres rudos de Dodge City, aunque vistieran de etiqueta, lanzaron alaridos de entusiasmo. Para ellos, un enemigo bien ahorcado seria el mejor espectáculo de la fiesta.

En seguida brotó una cuerda. La cuerda fue pasada por entre los soportes de una monumental lámpara, y manos febriles hicieron el lazo. Hartley preguntó a Johnny:

—Vamos a ahorcar a ese tipo. ¿Algún inconveniente?

Johnny se encogió de hombros.

—Duncan ha merecido cien veces morir ahorcado, pero colgarlo aquí me parecería de mal gusto.

—Al contrario. Será un detalle que agradará a todos. ¡Vamos! ¡Arriba con él!

Aullando y debatiéndose inútilmente, Duncan fue llevado al lazo y unos segundos después lanzaba su último rugido. Fue la suya una muerte cruel y miserable. Johnny volvió la espalda para no verle balanceando de la cuerda, como un macabro adorno añadido a la lámpara.

Recargó el revólver con movimientos maquinales y se dirigió hacia la puerta de salida.

—¡Johnny! —gritó Orosia, volviendo junto a él—. ¿No te quedas? ¡La fiesta empieza a ponerse divertida ahora!

—Muy bien. Pues baila con cualquier admirador. Los tendrás a montones.

—Johnny, tú eres el único hombre que me inte…

—Buenas noches —dijo Johnny secamente, volviendo la espalda.

No se dio cuenta de que la fiesta volvía a estar en todo su apogeo. Los muertos habían sido lanzados a un rincón, y los vivos, dándose cuenta de lo cerca que habían estado de su último viaje, sentían un frenético deseo de divertirse y gozar. Nuevas botellas fueron abiertas y hombres y mujeres empezaron a beber a chorro.

Sólo una mujer no participaba de la alegría general y estaba estudiando la distribución de la sala por ver por dónde podría escabullirse sin ser vista.

Johnny salió a la calle. Un vientecillo fresco había purificado el aire después del paso de la manada. Algunos curiosos que se habían detenido ante la puerta del hotel, atraídos por los disparos, empezaron a retirarse.

Dodge City, de repente, parecía una ciudad dormida.

Johnny sintió la imperiosa necesidad de dar un paseo a caballo. Le era necesario alejarse de allí para purificar sus sentimientos. Y por eso penetró en las cuadras del Paradise Hotel, donde su corcel era atendido.

Entró y pudo observar que no estaba el guarda, quien sin duda había ido a presenciar la fiesta. Palmeó las ancas a su caballo y se dispuso a desatarlo.

En aquel momento, una voz grave dijo a su espalda:

—Hola, Johnny.

Johnny se volvió. Pudo ver un ceñido vestido negro, una garganta fina y blanca, unos labios rojos, unos ojos verdes. Ella repitió:

—Johnny…

Johnny movió el brazo derecho y abofeteó secamente dos veces a la mujer, que cayó gimiendo por tierra.

CAPÍTULO V

Judith cayó a tierra y se revolvió allí, intentando levantarse. Sus labios se habían partido a consecuencia del golpe y la sangre los hacía más rojos aún. Miró a Johnny con ojos llameantes.

—No eres más que una bestia sedienta de violencia —gimió—. Un auténtico pistolero.

—Y tú una mujerzuela que se divierte destrozando la vida de los hombres.

—¡Johnny!

Ella, reaccionando ante el insulto, se había puesto en pie.

—Johnny —exclamó con lágrimas en los ojos, oprimiéndole ambos brazos—. Johnny, ¿no te das cuenta? Estamos juntos otra vez después de aquello. Estamos juntos en la ciudad donde todo es posible, donde las vidas que parecían más destrozadas se vuelven a rehacer. ¿No es eso como un milagro? Si el cielo no quisiera unirnos, ¿habría hecho que nos encontráramos en este lugar del Oeste?

—A nosotros no nos ha unido el cielo, sino el infierno. Y ése será el fin de los dos.

—¡Johnny!

—Más vale que dejes de pronunciar de una vez mi maldito nombre.

—¿Cómo voy a hacerlo si lo he repetido cada día durante años? ¿Cómo voy a olvidar al único hombre que he querido en mi vida?

Johnny contuvo una hiriente y brutal carcajada.

—¿Pero es que tú has querido alguna vez a alguien?

—A ti.

—De la misma manera que quieres a Hartley, ¿no?

—¡Por Dios, no lo menciones!

Había lágrimas en los ojos de Judith.

Johnny encendió un cigarrillo y apoyó una mano suavemente en el lomo de su caballo.

—Hace tres años —musitó— un médico joven, que vivía en Filadelfia y contaba con una buena clientela, recibió la visita de una mujer. Era la mujer más joven, más bonita y más seductora que había visto en su vida, aunque iba mal vestida y se notaba que atravesaba una mala época. La mujer le pidió que la visitara porque estaba enferma, pero no lo estaba. Lo único que pretendía era que aquel médico se diese cuenta de lo hermosa que era. Y, efectivamente, cuando él pudo apreciar lo maravilloso que era el cuerpo de aquella mujer, se olvidó de su profesión, de su deber y de todo, porque ella le incitó con sus gestos que parecían inocentes y eran de una picardía diabólica. Y cuando ese médico hubiera dado cualquier cosa por esa mujer, cuando estaba loco de pasión, ella le dijo que si quería merecer su cariño debería atender a un hombre herido por el cual sentía un especial interés. ¿Conoces el resto de la historia?

Johnny había hablado con los labios apretados, pronunciando las palabras entre los dientes y con voz silbante. Judith, mirándolo con ojos que parecían implorar, continuó:

—… Y ese médico atendió al hombre que estaba herido… a consecuencia de haber asaltado el banco más importante de Filadelfia. Un hombre a quien buscaba toda la policía de la ciudad.

—En efecto —dijo Johnny—, ese botarate de médico estaba tan sediento de amor que no pensó en las consecuencias de sus actos. No había nada malo en salvar a un hombre herido, pero sí en proporcionarle dinero y ropas nuevas para que pudiese huir de la ciudad. Y tres días más tarde, cuando aún no había obtenido más que un par de míseros besos como premio a sus imbecilidades, el médico fue detenido por la policía, acusado de complicidad. Se le envió seis meses a la cárcel y luego se le expulsó de Filadelfia, prohibiéndole ejercitar su profesión en todo el estado. El botarate de quien te estoy hablando pensó que aquella mujer, al menos, le habría esperado. Pero lo único que encontró, al volver al consultorio después de salir de la cárcel, fue una misiva en la que ella le daba las gracias y le aconsejaba que otra vez se asegurase mejor antes de querer conquistar a una mujer. Supongo, Judith, que

tú también sigues conociendo la continuación de la historia.

—Sí. Unos meses más tarde, la mujer y el hombre se encontraron en una ciudad del Oeste central. El había cambiado mucho. ¿Recuerdas cuál era entonces su profesión?

—Croupier.

—En efecto, croupier. Estaba en una casa de juego y se dedicaba a desplumar por cuenta del dueño a los incautos que jugaban a la ruleta. Ese médico estaba desmoralizado y había caído tan bajo, pero seguía teniendo orgullo. Por eso fingió no reconocer a la mujer, aunque bastó que ella lo trabajase un poco que él enloqueciese de amor otra vez. ¿No recuerdas? Una noche, junto al río Mississippi, ella le besó sabiamente. Y aquel hombre le pidió que huyeran juntos a cualquier lugar, le dijo que se dedicaría su vida entera a amarla si ella quería seguirle, y no le hizo, ¡fíjate bien!, no le hizo ninguna pregunta. Ni tan sólo quiso saber quién era el individuo al que había curado en Filadelfia y por el cual ella había mostrado tanto interés. Todo lo daba por bueno, todo lo aceptaba si ella lo quería. ¿Y sabes lo que ella contestó?

Johnny rió con una risa espaciada y sardónica:

—Sí. Contestó que un croupier era poca cosa y que esperaba casarse con alguien más importante. Le echó en cara su insignificancia, después que ella misma había destruido su vida. Porque aquel médico, antes de ser expulsado de Filadelfia, tenía una casa propia, dos criados y tres carruajes con tres hermosos troncos de caballos. Mientras que cuando se encontraron de nuevo no tenía más que el traje que llevaba puesto y un revólver que empezaba a hacer peligrosas punterías. Eso fue lo que la mujer hizo: reírse de él. Luego cada uno siguió por un camino y ya no volvieron a encontrarse.

—Hasta ahora… —musitó Judith.

El volvió a reír.

—¿Quieres decir que algo ha cambiado?

—Ha cambiado todo.

—¿En qué sentido?

—He tenido tres años para reflexionar, Johnny. Tú quizá no lo comprendas, pero tres años son mucho en la vida de una mujer. Los hombres me han despreciado, me han humillado, han acudido a mí solo porque yo era hermosa, para olvidarme luego. Y durante mil

días con sus mil noches he tenido que pensar en el único hombre que me quiso. El único que lo dejó todo, que lo arriesgó todo por mí.

—Yo no fui el único.

—¿No?

—No. El pistolero que asaltó el Banco de Filadelfia, y por cuya identidad nunca te he preguntado, también se lo jugó todo por ti.

Judith parpadeó mientras a sus ojos asomaba una mirada nostálgica.

—Si supieras quién era ese hombre te llevarías una de las sorpresas más violentas de tu vida. Y no me hablarías así.

—Ya es tarde para hacer averiguaciones, Judith. No me interesa saber quién era aquel hombre. No me interesa tampoco saber quiénes han sido los otros hombres de tu vida. Vas a casarte con Hartley y eso es bastante. Que seas muy feliz.

Fue a apartarse para desatar su caballo. Ella le retuvo, sujetándole ansiosamente por un brazo.

—Johnny…

—¡He dicho que no pronuncies mi condenado nombre!

—Johnny, cuando pensé casarme con Hartley yo ya no tenía fe en la vida ni en nada. Mi negocio iba de mal en peor. El oro, el que yo siempre he adorado, se estaba convirtiendo para mí en lo que realmente es: un metal deleznable y sucio que siempre va a las manos más deleznables y sucias. Ningún hombre me había querido, excepto tú, y yo pensaba que ya nadie me querría jamás. Dos conductores de manada (Duncan y otro) habían prometido ahorcarme en cuanto volvieran a Dodge. Si pensé casarme con Hartley fue para salvar mi vida. ¡Sólo para salvar mi vida!

—El puede protegerte, ¿no?

—Es rastrero y cobarde, pero tiene dinero y dispone de gatillos tan rápidos como el tuyo. Pensé que siendo la esposa de Hartley todo el mundo me respetaría, y que ni Duncan ni el otro se atreverían a cumplir sus amenazas. Sólo eso me decidió, Johnny. ¡Sólo eso!

—Pues debes seguir decidida. Nada ha cambiado.

—¡Ha cambiado todo, Johnny! Has vuelto tú.

Johnny desató su caballo.

—No he vuelto yo, sino mi cadáver. No soy más que un muerto

que ríe. Cualquier día me matarán y Hartley pagará mi entierro. Debes seguir el camino que te has trazado, Judith.

—Dime… Dime al menos que me perdonas.

—Estás perdonada, Judith. Nunca te he acusado de nada. Pero no intentes acercarte otra vez a mí.

—Johnny, yo te ruego…

El encendió calmosamente otro cigarrillo.

—¿Qué es lo que tienes que rogarme, Judith?

—¡Esto!

Alzó los brazos hacia él, le rodeó el cuello y le besó ansiosamente en la boca.

Johnny se dejó besar como se dejaría besar una estatua. Ni un músculo de su rostro se movió. Pero cuando notó que la mujer vibraba de pasión —una pasión cierta o fingida— movió suavemente la mano izquierda con la que sostenía el cigarrillo y rozó con la punta encendida de éste la tersa espalda de la mujer, igual que hacían los granujas del Mississippi con las mujerzuelas de los puertos.

Judith lanzó un grito y se apartó de él con ojos llameantes:

—¡Te acordarás de este desprecio, Johnny! ¡Te acordarás!

—Tengo que acordarme ya de tantas cosas que una más no importa.

—¡Haré que Hartley te mate! ¡Lo pagarás con sangre!

—Vuelve a la fiesta, Judith, sigue enamorando gente. Al fin y al cabo ése es tu oficio. Haz que Hartley babee de placer cada vez que te mire. Yo conozco a un idiota que también babeó de placer hace tres años. Pido descanso eterno para ese idiota. Ojalá Hartley me mate de una vez para que os podáis besar los dos delante de mi tumba.

Puso la silla a su caballo y le tensó el bocado y las cinchas, mientras oía a su espalda la respiración entrecortada de la mujer. Luego tomó el animal por la brida para sacarlo de la cuadra.

Fue entonces cuando en la puerta vio a Orosia.

Orosia trató de ocultarse al ser descubierta, después de haberlo observado todo. Y Johnny no le impidió marchar, pero se dio cuenta de que habían sido observados desde el principio hasta el fin.

Lo peor era que Orosia, desde la puerta, no podía haber

escuchado su conversación, puesto que hablaban en voz baja. Y en cambio debía haber visto cómo se besaban. Podía perfectamente haber tomado aquella escena tirante por una apasionada escena de amor.

Un feo asunto.

Johnny salió a la calle, montó en su corcel y de repente se encogió de hombros.

Un feo asunto. ¿Y qué?

Ya nada le importaba. Dodge City era para morir una ciudad tan buena como cualquier otra. Y lo mismo daba que la última bala se la enviase Hartley o cualquier otro buitre sin conciencia.

Picó espuelas y salió al galope de la ciudad, perdiéndose en la inmensidad de la llanura.

No regresó al Paradise Hotel, en cuya planta baja tenía la habitación, hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO VI

La luz dorada de la tarde penetraba por la ventana de la habitación cuando Johnny subió a ésta desde el comedor del hotel para engrasar su revólver y escribir una carta a Hartley diciéndole que se fuese al infierno a alquilar otro pistolero.

Abrió la puerta y notó en seguida que alguien estaba dentro del cuarto.

Un perfume peculiar le había advertido. Entró sin mirar, cerró la puerta tras de sí y desenfundó el revólver para dejarlo sobre la mesita central de la habitación. Orosia, al ver que no le hacía maldito el caso, lanzó una especie de grito:

—¡Johnny! ¿Es que no te has dado cuenta de que estoy aquí?

—Sí, ya he notado al entrar tu perfume barato.

—¡Te advierto que todos mis perfumes han sido traídos directamente desde París!

—¡Pues es lástima estropearlos de ese modo!

Ella se puso en pie, indignada, brillándole los ojos.

—¡Johnny, eres el tipo más canalla y más aborrecible que ha puesto los pies en Dodge City!

—Ya lo sabía.

—Tú sabes muchas cosas, y en cambio los otros no saben nada. Por ejemplo, mi padre no sabe que tú y esa repugnante Judith Labian estáis babeando de amor el uno por el otro.

—Deja tu rabieta estúpida de niña mimada y atiende —gruñó Johnny, mirándola con fijeza—. Lo único que hay entre Judith Labian y yo es un odio que bastaría para llenar todas las grutas del infierno. Puede casarse con ella bien tranquilo y esperar a tener muchas hijas como tú. Ése será su único castigo.

—¿Me estás insultando?

—No vale la pena insultarte —dijo Johnny con cansancio—. En Dodge City hay cuatro o cinco señoritos finos, hijos de ganaderos ricos que no hacen más que presumir y jugarse el dinero de sus padres. ¿Por qué no eliges uno de ellos, lo mareas con tus perfumes de París y te casas con él? Creo que eso es lo único que necesitas: un hombre fino que te bese cada noche la punta de la nariz.

—¡Yo no quiero hombres de esa clase!

—¿No? Creí que despreciabas a los otros, a los que suelen manejar el revólver.

—Sí. Los desprecio, a todos…, excepto a uno.

Johnny comprendió. Se apartó dos pasos y encendió con calma un cigarrillo. Si aquella niña imbécil se le acercaba iba a dejarle una marca redonda en la espalda.

—Si has venido solo a decirme eso estás haciendo el ridículo, Orosia —explicó—. Nunca te rebajes a declarar tu amor a un sinvergüenza. ¿Por qué no te marchas de aquí y olvidas que nos hemos conocido?

—No he venido solo a decirte que me gustas. Eso es lo de menos, porque con el dinero de mi padre puedo comprarte y te compraré en cuanto se me antoje. He venido a imponer mis condiciones.

—¿Qué condiciones?

—No olvides que sé lo que hay entre Judith y tú.

—No hay nada.

—Ni a un niño le harías creer eso. Los dos sois unos granujas, estáis marcados por un destino común y parecéis hechos el uno para el otro. Además, vi cómo os besabais anoche. ¡Y vaya forma de besarte! Si le cuento eso a mi padre te hará matar.

—Cuéntaselo y habrás cometido una tontería.

—¿Es que tienes miedo de que yo hable y él te haga acorralar por sus pistoleros?

—Los pistoleros de tu padre no me dan miedo, sino ganas de vomitar. Si te aconsejo que guardes silencio es sólo para no perjudicar a Judith. A ella le conviene esa boda, porque ama el dinero y tu padre lo tiene en abundancia: puedo asegurarte que no hay nada entre ella y yo. Deja que se casen y que vivan en paz.

—¿Y tú serías capaz de renunciar a ella?

—Aunque parezca mentira, yo deseo que Judith no sufra ningún

mal —dijo con aburrimiento—. Ojalá consiga sus propósitos y sea muy feliz. En cuanto a mí, me marcharé de Dodge City.

La muchacha tenía una respiración agitada, casi jadeante.

—No te creo una sola palabra.

—Pues es la verdad.

—Déjate de tonterías, Johnny. He venido a imponer mis condiciones, y éstas son claras: para que yo rió explique nada a mi padre tienes que matar a esa mujer, o, al menos, conseguir que salga de la ciudad en la primera diligencia. Y después tienes que… aprender a conocerme con vistas a un futuro noviazgo.

Johnny lanzó una carcajada.

—¿Es que te burlas de mí? —aulló Orosia, llameantes sus ojos—. ¡Loco! ¿No te das cuenta de lo que pierdes?

—Ni pierdo ni gano nada. Lárgate de aquí. Voy a poner tierra de por medio, marchándome de Dodge en seguida. El mejor consejo que puedo darte es que no vuelvas a verme más.

—¿Ésa es tu respuesta? ¡Bien! ¡Entonces emplearé mi oro y pagaré pistoleros para que ellos mismos maten a Judith! A menos que…

—¿A menos que…? —continuó él.

—Que tú accedas a quererme y a considerarme la mujer más atractiva de Dodge.

Fue a acercarse a él. Johnny movió el brazo izquierdo y arrojó el cigarrillo a la cara de Orosia, que se estremeció mientras lanzaba una brutal exclamación.

—¡Haré que os maten a los dos, Johnny! ¡Haré que os maten a los dos antes de la noche!

Johnny se encogió de hombros.

Ella salió de la habitación.

Con calma, sin preocuparse, el joven escribió la carta a Hartley diciéndole que él se largaba de Dodge City, y que se fuese al infierno a buscar un sustituto. Luego engrasó su revólver concienzudamente y puso «balas frescas» en el cilindro. Cuando terminó, ya empezaban a insinuarse sobre Dodge City las primeras sombras de una cercana noche.

Johnny miró a través de la ventana de su habitación.

Y lo que vio le hizo curvar sus labios en una sonrisa de desprecio, mientras guardaba el revólver en la funda.

Medio ocultos en los porches, frente al hotel, cercando la única salida, había cuatro pistoleros.

Johnny les conocía bien. Antiguos compañeros suyos. Pistoleros pagados por Hartley.

«¿Cuál será el precio de mi cadáver? —pensó—. ¿Cuánto habrán cobrado por matarme?».

Y salió de la habitación dispuesto a ver la muerte cara a cara.

CAPÍTULO VII

El pistolero que estaba enfrente de la puerta acarició el revólver derecho y se dirigió a su compañero más próximo.

—Desde mi sitio se veía un poco la puerta de su habitación —musitó—. Me he dado cuenta de que la abría y la cerraba. Seguro que va a salir.

—Haz una seña a los otros y adviérteles que estén preparados.

—Descuida. Nos interesa mucho cazar a Johnny Bulman.

—Hay nada menos que mil dólares para cada uno. ¿Crees que le vamos a dejar escapar?

El que había dado el aviso hizo una seña a sus otros compañeros para que estuviesen preparados. Su aviso fue respondido favorablemente. Todos tenían las armas a punto para disparar.

—¿Seguro que el hotel no tiene ninguna otra salida?

—Seguro. E incluso las ventanas de la parte trasera están demasiado altas para saltar desde ellas.

—Además, creo que Johnny Bulman peleará. Es uno de esos tipos locos a quienes siempre les gusta presentar batalla.

—Pero puede que la presente donde más le convenga a él, no a nosotros. También tiene cerebro.

—¿Y qué? Si en el hotel no hay más que una salida…

—Bueno, también están las puertas de los salones, pero todas dan a esta calle. Las dominamos perfectamente. También hay una puerta que da a las cuadras y…

De pronto se estremeció.

—¡Claro! ¡Mil diablos! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? ¡Johnny Bulman hará salir al galope a todos los caballos que hay en la cuadra y él escapará confundido con ellos…!

Como si estas palabras hubieran sido un aviso, se oyó entonces

un fenomenal tumulto en la puerta que daba a las cuadras del hotel. Parecía como si todos los caballos se agolpasen buscando la salida. El pistolero que mandaba el grupo gritó:

—¡Atención!

La puerta casi fue derribada cuando los corceles salieron. Alguien los había asustado desde dentro, excitándolos, y los animales estaban como enloquecidos. Se oyeron dentro de la cuadra dos disparos que los enloquecieron aún más. Los animales salieron en manada, levantando una enorme nube de polvo, y fue imposible durante unos segundos distinguir si alguien iba montado sobre uno de ellos.

—¡Johnny tiene que estar pegado al costado de uno de los caballos! ¡A por él!

Pero los caballos ya se alejaban, y con ellos iba sin duda el fugitivo. Los pistoleros de Hartley no podían perder un segundo.

De modo que saltaron también sobre sus monturas, amarradas allí mismo, y corrieron como locos en persecución del grupo.

Medio minuto después se habían perdido entre las sombras del fondo de la calle.

La puerta de las cuadras quedó vacía.

Y luego se recortó en ella la figura de un hombre.

Aquel hombre caminaba tranquilamente, sin prisas de ninguna clase. Extrajo un cigarrillo del bolsillo superior de su camisa y se lo puso en los labios.

—¡Cuadrilla de imbéciles! —musitó entre dientes.

El *sheriff* pasó junto a él.

—¿Algún jaleo, Bulman?

—Ninguno, *sheriff*. ¿Tiene fuego?

—Sí, claro.

Prendió la llamita en la punta del cigarrillo.

—Se han escapado unos cuantos caballos de la cuadra —dijo Johnny, después de la primera bocanada—, y unos cuantos muchachos serviciales han ido a buscarlos. Cuando vuelvan tendrán que hacer una colecta para darles una recompensa.

—Ésa es la costumbre.

—Gracias, *sheriff*.

Hizo un saludo con la mano derecha y fue directamente a la casa de juego de Judith Labian, donde sabía que iba a encontrar a

Hartley y al estado mayor de su cuadrilla de pistoleros.

* * *

En la sala de ruletas había muy pocas personas, porque se notaba la competencia del local abierto por Sally Astor.

E incluso los pocos jugadores que había allí estaban en la sala atraídos por la belleza de Judith Labian y no por otra cosa.

Sólo se oía la voz monótona de los croupiers y el ruido de las bolas al girar en las ruletas.

Judith estaba junto a una de las mesas, contemplando las puertas. Tres de los pistoleros de Hartley circulaban indolentemente de un lado a otro de la sala, vigilándolo todo, incluso a la dueña de todo aquello. Hartley, tumbado en un sofá, formaba anillos de humo con el cigarrillo que tenía en la boca y miraba a Judith Labian con los ojos entrecerrados.

Poco antes había oído dos disparos y ruido de caballos. Eso significaba, sin duda, el fin de Johnny Bulman.

De pronto se puso en pie.

Se acercó a Judith y le hizo una seña para que pasaran a la habitación inmediata.

Ella obedeció.

Una vez en el interior, y con la puerta cerrada, Hartley intentó abrazarla, pero ella se desasió casi con violencia.

—¡Déjame!

—¿Estás loca? ¿Es cierto eso que me has dicho de que nuestras relaciones deben considerarse rotas?

—Es completamente cierto.

—¿Pero, qué ocurre? ¿Has perdido la cabeza? Tú me necesitas porque sin mi ayuda vas a tener que fregar suelos en los saloons de Dodge City. Todo esto se hunde. Las deudas te ahogan ya hasta el cuello, y sólo yo puedo sacarte del atolladero. Además, eres mía.

—Parece que has tomado posesión de mí como si yo fuera una esclava.

—Es que eres una esclava. Mi esclava —dijo él con los ojos brillantes, zarandeándola—. Me has pertenecido desde el momento en que yo llegué a la ciudad. Me gustas y yo he conseguido siempre las mujeres que me gustaban. Tú no vas a ser una excepción. No vas a burlarte de mí después de haberte arrastrado a mis pies.

Ella alzó la cabeza retadoramente.

—Cuando tú llegaste Dodge, Hartley, yo era una mujer sin fe y sin moral y que no creía en nada. No creía ni en mí misma, y por eso no me importaba humillarme y satisfacer tus órdenes como si fuera una esclava. Pero ha habido alguien que con su desprecio me ha dado la gran lección. Alguien a quien odio, pero, sin embargo, me ha enseñado que una mujer no debe venderse nunca ni prescindir jamás de su dignidad y de su orgullo.

—Ya me imagino de quién hablas.

—Sí. No tengo por qué ocultárselo. A causa de él he roto mi compromiso contigo. Se trata de Johnny Bulman.

Hartley retrocedió dos pasos, mirándola otra vez con sus ojos entrecerrados como los de un reptil.

—Orosia me habló de eso.

—No importa lo que te haya dicho. Puesto que no voy a casarme contigo, ningún derecho tienes ya a exigirme fidelidad. Pero quiero que sepas que yo no amo a Johnny Bulman. Le desprecio y deseo su muerte, porque él me ha despreciado a mí, pero sus palabras me han enseñado un camino que yo no debí haber olvidado nunca.

—¿Y qué tiene que ver esto para que hayas roto conmigo?

—Yo no me casaba, Hartley —dijo ella, arrastrando dolorosamente las sílabas—. Yo me vendía a tu oro, y Johnny me ha enseñado que una mujer no debe venderse jamás.

—Me gustará saber, entonces, cómo vas a salir de este atolladero.

—¿Pero no me desprecias, Hartley? —dijo ella, sonriendo amargamente—. ¿No te importa saber que anoche, si Johnny me hubiera dicho una sola palabra, yo habría ido hasta donde fuese con él?

Hartley rió nerviosamente.

—No, no me importa. Sé que ahora no me quieres, pero ya te domaré. Ha habido otras mujeres como tú en mi vida y todas han acabado arrastrándose a mis pies, musitando palabras de cariño que antes las hubiesen avergonzado. Tendrás que acostumbrarte a mi. Cuanto más difícil me es domar a una mujer, más interés tengo en ella.

—Yo no soy una yegua, Hartley.

—¿No?

La sujetó violentamente por un brazo y la zarandeó, retorciéndole la muñeca hasta que ella gimió de dolor. Hartley era un hombre fuerte, y Judith no pudo resistir demasiado tiempo. En seguida se dobló, vencida, poniendo rodilla en tierra. Hartley lanzó entonces una carcajada mientras hacía su presa más y más cruel.

—¡Tendrás que obedecerme! ¡Tendrás que arrastrarte a mis pies como se han arrastrado las otras! ¡Haré que maldigas a Johnny Bulman y me implores piedad, como una perra!

Judith gimió:

—¡Hartley!

—¿Lo ves? Ya empiezas a pronunciar mi nombre. Pronto te arrastrarás. Pronto me dirás: «Hartley, cariño…».

Judith lanzó otro grito, vencida por el dolor, dándose cuenta de que él iba a romperle el brazo de un momento a otro.

Y fue entonces cuando alguien dijo desde la puerta:

—Hola, Hartley, cariño.

Hartley, como si acabase de ver una serpiente delante de sus ojos, soltó a la mujer.

Apoyado indolentemente en el quicio después de haber cerrado la puerta a sus espaldas, estaba Johnny Bulman.

Su mano derecha no se acercaba para nada al revólver. Su sonrisa era la de un perfecto caballero. Pero sus ojos, aquellos ojos diabólicos y fríos, hablaban de un implacable deseo de matar.

—Hola, cariño —repitió.

Hartley intentó recobrar la serenidad tragando saliva ansiosamente.

—¡Bulman, salga de aquí!

—Saldré, pero llevándome a esa mujer.

—¡Esa mujer es mi prometida! ¡Va a ser mi esposa dentro de poco!

—Mucho me temo que vaya a tener que casarse con un cadáver si no la deja salir en seguida de aquí.

—Bulman, usted se ha vuelto loco… —Hartley sudaba—. ¿Cómo ha conseguido burlar la vigilancia de los hombres que tengo al otro lado de la puerta?

—He avanzado hasta aquí detrás de los cortinajes del guardarropía. Están, además, muy distraídos con el juego y no me han visto entrar. ¡Ah! Gracias por los saludos que quisieron darme

sus otros amigos. ¿Ya le ha contado Orosia que Judith y yo estamos dispuestos a amarnos hasta la muerte? Yo, por mi parte, no tengo inconveniente en hacerlo así, siempre y cuando ella se muera primero.

Judith lanzó un gemido, viendo los ojos duros e implacables del hombre.

—¡No necesito que me salves, Johnny! ¡No quiero deber la vida a un perro como tú!

—No he venido a salvarte, sino a ver cómo te arrastrabas a los pies de Hartley —mintió Johnny—. Pero como el espectáculo ya me va aburriendo, vamos a ponerle punto final. Déjela salir, Hartley, o le agujerearé los ojos de dos balazos y luego le llevaré a primera fila del Blue Star para que mire las piernas de las chicas.

Hartley babeaba de furor.

—Me parece muy razonable.

Johnny avanzó unos pasos hacia el centro de la pieza, sin dejar de mirar a Hartley. De pronto, la puerta que daba a la sala de juego se abrió.

Un pistolero apareció enmarcado en ella, con el revólver ya dispuesto.

Al ver la escena y comprender en un instante lo que sucedía, fue a disparar rabiosamente.

Johnny se volvió en décimas de segundo, mientras «sacaba». Sus movimientos, exactos y de una rapidez salvaje, recordaron los de una pantera. El pistolero apretó el gatillo mecánicamente cuando ya había muerto, cuando ya un horrible agujero rojo se había abierto entre sus dos cejas.

Johnny sabía que había tres pistoleros más en la sala.

Ahora que la alarma estaba dada, tendría que matarlos si deseaba salvar a Judith y continuar viviendo.

Tenía que ser más rápido y más valiente que ellos. Eso lo decidiría todo.

Salió a la sala de juego, sin esperar a que los otros entrasen. Había allí un tumulto espantoso; una de las ruletas había sido volcada y los jugadores corrían hacia la salida. Los tres pistoleros se dirigían en ese momento a la habitación donde estaba Hartley.

Lanzaron un grito al ver a Johnny. Lo que menos podían imaginar era que un hombre sólo fuese al encuentro de tres, como si

matarlos fuera para él un pasatiempo que conviniese acabar cuanto antes.

Levantaron sus revólveres, pero Johnny ya tenía el suyo en la mano y disparaba con él furiosamente, distribuyendo las balas en forma de abanico.

Sólo uno de los pistoleros pudo alcanzarle, y lo único que consiguió fue hacerle un agujero redondo en la manga. Antes de poder lanzar un grito, los tres habían caído para siempre. Tres certeras balas de Johnny habían bastado para atravesar el centro geométrico de sus cabezas.

Hartley estaba solo.

Estaba solo a merced del revólver diabólico de Johnny Bulman, y, sin embargo, lanzó una carcajada.

Porque disponía de un precioso rehén como era Judith Labian.

—¡Suelta el revólver, Bulman! —gritó—. ¡Entrégate o vaciaré la cabeza de Judith!

No obtuvo respuesta.

Sin dejar de apuntar a Judith, que le miraba con un espantoso desprecio reflejado en sus ojos verdes, volvió a gritar:

—¡Suelta el revólver, Johnny, si quieres que ella viva!

—¡No le hagas caso! —gritó Judith—. ¡Te matará a ti también! ¡No vale la pena que por mí arriesgues la piel, Johnny! ¡Huye!

—Contaré hasta tres, Bulman —silabeó Hartley—. Uno…

Silencio.

—Dos…

Johnny no contestaba tampoco.

—¡Tres!

Y Hartley iba a disparar sin compasión, aun sabiendo que Johnny le haría bailar luego de una cuerda, cuando una voz suave y tranquila dijo a su espalda:

—¡Qué alivio! Ahora resulta que es usted también un hombre culto, Hartley. Yo me temía que sólo supiera contar hasta dos.

Hartley giró en redondo, con la boca abierta.

—Pero…

Vio a Johnny Bulman con una pierna ya pasada por el alféizar de la ventana que había al otro lado de la habitación, frente a la puerta.

—Yo también hago trabajar la cabeza, amigo —dijo

tranquilamente Johnny—. Desde el momento en que salí por esa puerta supe que ya sería imposible volver a entrar por ella. Pero la casa tiene ventanas y una magnífica cornisa que rodea el edificio. ¿Qué le parece? ¿Suelta a Judith o vamos a ver con los ojos agujereados a las chicas del Blue Star Saloon?

Hartley lanzó un rugido de fiera acorralada, un rugido inhumano que pareció vibrar en todos los rincones de la habitación.

Viendo que su enemigo no tenia el revólver en la mano, sino en la funda, intentó ser más rápido.

Johnny le dio la oportunidad de dejarle «sacar». Le permitió poner incluso su revólver en línea de tiro. Hartley lanzó un grito de triunfo mientras en los labios de Johnny se dibujaba una mueca de repugnancia. Tiró dos veces a través de la funda, y las dos balas penetraron por los ojos de Hartley.

El último rugido de éste fue como un estertor que causó escalofríos al mismo Johnny Bulman. Judith lanzó un grito también. Y cuando se puso en pie lentamente, su mirada no podía apartarse del cuerpo sin vida de Hartley.

—Esto significa tu fin, Johnny —musitó—. Orosia tiene montañas de dinero. Alquilará pistoleros en el mismísimo infierno para que te maten.

—Entonces le ofreceré mis servicios. Puede que le interesen.

—Johnny, tú no eres un ser humano. No eres más que una máquina que maneja un revólver, pero esa máquina será destruida algún día. Cuando tus enemigos te acorralen y se maten como a un perro, me beberé una copa del mejor champaña que haya en Dodge City; te lo prometo.

—¿Por qué no lo bebemos ahora?

Fue a la sala de juego, que estaba vacía, a excepción de los muertos, destapó una botella que había en los bien surtidos anaqueles de un bar situado en un ángulo de la sala, y llenó calmosamente dos copas. Con ellas en la mano volvió a entrar en la habitación.

Judith estaba llorando.

—Johnny, me has salvado la vida. Hartley me hubiese matado, lo sé. ¿Por qué seguimos con esta actitud absurda? ¿Por qué no intentas comprenderme de una vez?

—No necesito comprender nada tuyo, Judith.

—Pero morirás por mi causa.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Morirás a causa mía porque me quieres.

El dejó caer al suelo una de las copas de champaña, que se hizo añicos, y alzó la otra.

—Entonces, brindo por nuestro amor, Judith —sonrió—. Brindo porque nos entierren a los dos en la misma tumba.

Bebió de un solo trago el contenido de la copa y salió de la habitación, dejando a Judith quieta, como hipnotizada, sin poder arrancar las lágrimas de sus hermosos ojos verdes.

Johnny salió a la calle y la recorrió con la mirada buscando otro hotel para dormir aquella noche.

Porque sabía que la noticia de la muerte de Hartley circularía por Dodge como el fuego sobre un reguero de pólvora. Tenía razón Judith: Orosia buscaría pistoleros hasta en el mismo infierno. Pero que se los enviase mañana. Al menos, esta noche que le dejaran emborracharse y dormir…

Recargó su revólver con movimientos maquinales y se fue Juego al establecimiento de Sally Astor.

CAPÍTULO VIII

Unas gotas de licor cayeron sobre el revólver.

—Ya no tienes la mano muy segura, Johnny.

Johnny se volvió. A su lado, en la barra, estaba Sally Astor. Como la primera noche en que la vio, ella había ido a saludarle. Notó vagamente cómo los demás le miraban con envidia.

Pero él se limitó a beberse tranquilamente el resto del licor que había en la copa.

—Has bebido ya demasiado, Johnny.

—¿Me has estado observando?

—Sí.

—No sabía que además de tener este establecimiento de bebidas pertenecieras a la Liga Antialcohólica de la ciudad.

—Tu sentido del humor no me gusta esta noche, Johnny. Sabes por qué digo que has bebido con exceso. Tu pulso es poco firme y difícilmente sostienes la copa. Cualquier pistolero te mataría con facilidad ahora.

—No quiero demostrar mi puntería estropeando tus botellas, Sally. Creo que aún las rompería todas.

Luego lanzó una carcajada amarga y susurró:

—Lo peor de todo es que no sé si voy a tener dinero bastante para pagarte lo que he bebido.

—Eso no importa, Johnny. Sabes que la casa paga cuando entras tú aquí. ¿Pero qué te ocurre? Hartley tiene fama de pagar a sus pistoleros espléndidamente.

—Sí, pero este mes aún no me había pagado.

—Pídele un anticipo.

—No creo que me lo dé, porque debe estar enfadado conmigo. Acabo de matarle.

La noticia causó un escalofrío a Sally.

—¿Qué… dices?

—Ya lo ves. Estoy sin empleo por defunción del dueño.

—Johnny, esto es una locura. La locura más grande que hayas podido cometer. Hartley tenía una hija, y ella dispone de dinero para contratar asesinos donde haga falta. Serás el hombre más perseguido de la ciudad, porque, además, el *sheriff* considerará que su deber es ahorcarte.

—He pensado ya todo eso.

—¿Y a pesar de ello has matado a Hartley?

—Bueno, mientras le mataba no se me ocurrió. Si hubiese pensado todo esto antes de apretar el gatillo, ahora sería él quien se estaría bebiendo tus licores.

—Vete de la ciudad, Johnny.

—No pienso hacerlo.

—¿Qué te retiene aquí?

El, sin contestar, se encogió de hombros.

—Psché —hizo, solamente.

—Si tú te quedas es porque te interesa esa mujer, esa Judith Labian. No quieres confesarlo, pero así es.

—¿Por qué he de negarlo? —rió él—. Me interesa muchísimo. Quiero ver su entierro.

—No, no lo haces por eso.

—Estás despertando mi curiosidad, Sally. Sabes de mí más cosas que yo mismo. ¿Por qué iba a hacerlo, pues?

—Porque sabes que Lumis vendrá pronto a la ciudad.

—¿Lumis? ¿Quién es Lumis?

—¡No me harás creer que no lo has oído nombrar nunca! Lumis conduce manadas por todo el Oeste central. Tiene un equipo de ocho hombres y los ocho son endiablados tiradores; además, ahorcan a un hombre si les dan por ello un simple vaso de licor.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque Lumis es compañero de Duncan, y uno de los que prometieron ahorcar a Judith en cuanto volvieran a Dodge City.

—¿Y crees que me quedo por eso?

—Sí. Tú no quieres que ahorquen a esa mujer.

Johnny se sirvió otra copa de licor y la bebió lentamente, sin dejar de mirar a Sally.

—No me gusta que ninguna mujer sea ahorcada. Y sabía que alguien más iba a venir a Dodge City para matar a Judith, pero ignoraba su nombre. De modo que se trata de Tumis, ¿eh?

—Son muchos los que dicen que llegará mañana y que su manada ha sido vista muy cerca de aquí.

—Está bien; le esperaré.

—Pero eso significará suicidarte, Johnny. En este momento, a Lumis le llaman uno de «los cuatro implacables».

—Bonito nombre. ¿Quiénes son los otros?

—El segundo implacable era Duncan, el tercero Hartley…

—¿Y el cuarto?

—Tú.

Johnny depositó aburridamente la copa sobre la barra.

—La gente empieza a clavarle a uno apodos en cuanto mata a un par de gatos babeantes —gruñó—. De modo que cuatro implacables, ¿eh? Muy bien, los cuatro se van a quedar enterrados en Dodge.

—Aún tienes tiempo de evitar la pelea, Johnny. Quizá Lumis no cumpla su amenaza o quizá el *sheriff* le detenga antes de que consiga ahorcar a Judith e incendiar su casa.

—Yo no me voy de los sitios, Sally; me echan —dijo, aburridamente, él—. Que alguien trate de echarme de Dodge y entonces hablaremos.

Hubo un momento de silencio entre los dos, mientras el local parecía hundirse bajo los vítores y aplausos con que el público recibía a uno de los conjuntos de bailarinas. Luego, Sally dijo:

—Necesitarás un empleo.

—Si ese imbécil de Lumis no se decide a venir pronto para que le mate, puede que necesite trabajar.

—¿Qué es lo que hacías antes de venir a Dodge?

—Era croupier.

Sally reflexionó velozmente.

—Yo necesito un croupier que sea experto para mi tercera mesa de juego. Comida y alojamiento y el seis por ciento de los beneficios netos de la banca. ¿Hace?

—Hace.

—Puedes empezar esta noche, si quieres.

—No. Esta noche me dedicaré a esperar a los pistoleros que ha

de enviarme la hija de Hartley. Les invitaré a beber y trataré de convencerles para que se larguen. Pero si quieren pelea tendré que manchar de sangre tu local, Sally. ¿Te importa?

—No, mientras esa sangre no sea la tuya.

Johnny dijo, aburridamente:

—Ni la tuya, nena…

CAPÍTULO IX

Ningún asesino llegó aquella noche, a pesar de que Johnny Bulman la pasó en pie junto a la barra, y esperando el momento de entrar en acción.

Realmente, estaba sorprendido.

¿Es que Orosia, después de todo, había decidido no vengarse? ¿O quizá no había encontrado pistoleros que quisieran enfrentarse a él?

En el Blue Star Saloon se jugó, se bebió y se bailó toda la noche. Con las primeras luces del alba empezaron a marcharse las bailarinas y los borrachos. Johnny salió, mezclado entre ellos.

Sally le había recomendado otro hotel: el Oklahoma, Pero antes tenía que pasar por el Paradise a recoger el maletín donde guardaba los escasos objetos de su propiedad.

La vida en el lujoso hotel seguía siendo tumultuosa y alegre como siempre, a pesar de que en alguna de sus habitaciones reposaba aún, sin duda, el cadáver de Hartley.

No se veía rastro de Orosia ni de los pistoleros que antes habían protegido a su padre. Todo parecía normal. En un rincón varios borrachos y algunas bailarinas vaciaban aún sus últimas botellas.

Johnny fue a su habitación, cerró la puerta con llave y se lavó antes de preparar su maletín. Cuando su aspecto le pareció más decente, guardó sus cosas y se dispuso a abrir el pesado armario empotrado que había en la pared izquierda de la puerta.

Tiró de la manija distraídamente, sin ninguna preocupación, para abrir el armario.

El fogonazo, estallando ante sus mismos ojos, le dejó ciego un instante. Sólo pudo ver una luz anaranjada, y detrás de ella al hombre que había estado en pie en el armario, oculto, en espera de

que abriese para asesinarle a traición. Apenas pudo distinguir su confusa sombra mientras se dejaba caer al suelo intentando «sacar». La primera bala sólo le había rozado, produciéndole una quemadura en la sien izquierda. Pero la segunda bala le alcanzaría. La segunda vez, el asesino ya no podría fallar.

Y el pistolero oculto disparó otra vez.

Johnny sintió la mordedura de la bala en su pecho, junto al corazón, mientras tiraba del revólver, A ciegas, guiado sólo por su infalible instinto de gun-man, acribilló el armario con las seis balas de su cilindro, sin dejar ninguna posibilidad de escapatoria al enemigo. Éste, con dos balazos en el cuello y otro en la cabeza, quedó en pie, en una postura casi cómica, apretando el revólver con las dos manos.

Johnny se palpó el lado izquierdo del pecho, de donde brotaba sangre. Conocía muy bien las heridas de bala y le extrañaba no sentir dolor, o al menos el dolor lacerante que suelen causar las heridas en esa zona. Pensativamente, introdujo la mano en el bolsillo de su camisa y extrajo el reloj que cinco años antes le regalaron sus compañeros de promoción. Ese reloj estaba completamente abollado por la bala.

Johnny sonrió, aunque sin alegría; depositó un beso de gratitud en la tapa del reloj y lo volvió a guardar.

De no ser por aquel objeto, que había desviado el piorno haciendo que sólo se el introdujese un poco bajo la piel, él estaría muerto ahora. Pues el balazo del pistolero había sido directo al corazón.

Se puso en pie, cerrando la puerta del armario. Se desabrochó, se extrajo la bala él mismo con unas pinzas bañadas en *whisky* —aprovechando que estaba casi a flor de piel— y se lavó y taponó la herida, cambiándose luego la camisa.

Se la estaba abrochando cuando la puerta se abrió de repente y apareció enmarcado en ella el dueño del hotel.

—¿Ha ocurrido algo, señor Bulman?

—¿Es que no sabía usted lo que tenía que ocurrir?

El hombre sonrió embarazosamente.

—Hemos tenido mucho jaleo en el hotel y no he podido darme cuenta de nada. Con la muerte del pobre señor Hartley…

—Claro, claro.

—¿Se marcha usted, señor Bulman?

—Sí, pero en la habitación se queda un amigo mío. El pagará la cuenta.

—¿Qué amigo, señor Bulman?

Johnny abrió el armario. La leve vibración bastó para que el cadáver perdiese el equilibrio y cayera hacia adelante.

—Este amigo es el que pagará —dijo Johnny—. No se preocupe si la factura es muy elevada. El es buena persona y no protestará.

Apartó de un codazo al dueño del hotel, al que con razón suponía cómplice en el intento de asesinato, y salió de la habitación. El otro no se atrevió a detenerle.

Johnny fue al hotel Oklahoma, alquiló una habitación y se acostó en espera de que pasase la crisis producida por la herida.

Aunque ésta era superficial, convenía dejarla reposar al menos unas horas para que no se produjese una nueva hemorragia.

Al anochecer, Johnny se levantó, lavó la herida otra vez y después de comprobar que no tenía mal aspecto, se vistió para salir a la calle. Como el balazo había sido recibido en el costado izquierdo, podía desenfundar con la derecha a la misma velocidad de antes. Lo único que no conseguiría sería contorsionarse en el suelo o moverse con demasiada rapidez.

Se dirigió al Blue Star Saloon.

Pero no había terminado aún de cruzar la calle cuando un carruaje se detuvo ante él, impidiéndole el paso.

Johnny miró con los ojos entrecerrados a la ocupante de ese carruaje. Era Judith Labian.

—Ya sé que han intentado asesinarte, Johnny —dijo ésta, mientras tiraba de las riendas.

—Nadie ha intentado asesinarme. Era mi sastre que quería cobrar una factura antigua.

—Johnny, las cosas se han puesto mal para ti. Orosia seguirá pagando asesinos hasta que uno de ellos acabe contigo.

—Es la séptima u octava vez que oigo esa retahíla. Muy bien, que me vaya enviando asesinos. ¿Quién cuernos se lo impide?

—Sé cuál es el motivo de que te quedes en esta ciudad.

—¿Ah, si? ¡Qué lista!

—El motivo soy yo.

—¡Vaya! Más lista todavía.

—Quiero que sepas que yo no acepto tu ayuda, Johnny. Te desprecio lo bastante para no querer deberte nada y, por consiguiente, no hay ninguna necesidad de que te quedes en Dodge, ya no corro peligro.

—¡Qué bien!

—Me molesta tu cinismo, Johnny. Eres de esos tipos capaces de explicarle un chiste a uno antes de matarle. Pero quiero que sepas que ya tengo un comprador para mi casa de juego, y que apenas cobre su importe y pague las deudas más importantes me marcharé de la ciudad para no volver jamás a ella.

—Una medida muy inteligente, Judith, aunque Dodge City perderá mucho sin ti. ¿Y cuándo cobrarás el importe de esa venta?

—Esta misma noche.

—¿No llegará antes el equipo de Lumis?

—Los hombres de Lumis y la manada que conducen no llegarán, como máximo hasta mañana al amanecer.

—¿Y si llegasen antes?

—Si llegasen antes e incendiaran mi local, yo lo perdería absolutamente todo.

Johnny dijo entonces, sencillamente:

—Suerte, Judith.

—Adiós, Johnny. Ojalá no nos veamos nunca más.

Johnny fue al Blue Star Saloon, que ya empezaba a estar, como siempre, abarrotado de público. Pero esta vez el público estaba silencioso, porque en uno de los i escenarios una joven artista mexicana cantaba una canción acompañándose a la guitarra. La canción tenía como motivo una frase que siempre se repetía. Esa frase era «Los cuatro implacables».

… Y los cuatro implacables abrieron cuatro tumbas para descansar juntos eternamente, y para poder desafiarse desde sus ataúdes y hablar de sus viejos amores los cuatro implacables…

Johnny fue junto a Sally, que estaba apoyad; a en la barra.

—¿Quién ha inventado esa canción?

—Nadie. Es una vieja canción mexicana. Es a artista debuta hoy aquí.

—¿Por qué le compras su negocio a Judith, Sally?

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo he imaginado. La única persona en Dodge que podía tener interés en adquirir su establecimiento eres tú.

—Un simple negocio. Quería eliminar a Judith de la ciudad y así lo consigo. Además, Johnny, tenéis una oportunidad para marcharos los dos y no correr más peligros. ¿No sabes? Judith, cuando fundó ese negocio, lo hizo pensando que tú vendrías alguna vez y ella podría ofrecerte un verdadero imperio en esta parte del Oeste. Lo ha perdido todo, pero, al menos, no dejes que pierda su vida.

—¿Por qué no le pagas antes de la noche, Sally?

—Porque no tengo tanto dinero. Pero hoy es sábado y las ruletas funcionarán a toda presión. Si tengo suerte habré conseguido para la noche la suma que me hace falta.

—¿Y si su local es incendiado antes?

—Yo soy una mujer de negocios, Johnny. Si su local es incendiado antes, Judith lo habrá perdido todo.

—Muy bien. Pero yo tengo la sensación de que el equipo de Lumis vendrá pronto. Vamos a trabajar.

—¿Y esa herida, Johnny? Todo Dodge lo sabe.

—Una simple rozadura gracias al reloj que un día tuviste entre las manos. Vamos allá.

La sala de ruleta ya está a punto de ser abierta. Se veía en el bar a muchos hombres dispuestos a jugarse todo su dinero. Sally; tenía razón. Aquél podría ser un buen día.

A Johnn y 1 e fue asignada la mesa situada más cerca de las ventanas, y empezó a trabajar. Pronto la gente acudió y las apuestas se multiplicaron. La casa tuvo suerte y pronto el dinero empezó a engrosar los fondos de la banca.

Johnny, mordiéndose los labios para dominar el dolor de la herida, pensaba en su vida anterior. Nunca lo hubiera imaginado. El trabajando como croupier. El diciendo: «Hagan juego, hagan juego… No va más». Una sensación de repugnancia hacia sí mismo le invadía. Pero aunque no quisiera confesárselo estaba haciendo todo aquello para salvar a una mujer.

Hacia las nueve de la noche, la casa había ganado ya muchísimo dinero. Sólo la comisión de Johnny alcanzaba ya a los diez mil dólares, cifra fabulosa que nunca hubiera soñado con llegar a poseer. Parecía como si aquella noche la gente se hubiese vuelto

loca.

A un ganando que llegaba de la calle y acababa de acercarse a la mesa, le preguntó:

—¿Qué se sabe: de la manada de Lumis?

—¡Uf! Viene muy cansada y tardará al menos seis horas más en llegar a Dodge. Yo mismo la he visto a unas treinta millas de aquí.

Johnny suspiró, aliviado. Judith tendría tiempo de vender su establecimiento y marchar de Dodge antes de que llegara la cuadrilla de Lumis.

Pero, de pronto, se oyeron disparos en la calle. Una verdadera traca que p areció retumbar en toda la ciudad.

«Alguna pelea entre grupos», pensó Johnny.

Pero los disparos continuaron, mezclados a salvajes alaridos que llenaban la calle. Pronto un resplandor rojizo penetró por la ventana cerca de la cual se encontraba Johnny.

En aquel momento entró Sally Astor en la sala de juego.

Estaba pálida. Se notaba al instante que algo muy importante, quizá algo terrible, acababa de suceder.

—Johnny…

—¿Qué ocurre?

La bola no había sido lanzada a la ruleta aún.

—Johnny… —musitó ella—, los hombres del equipo de Lumis están incendiando el local de Judith Labian.

* * *

El palideció también, y sus manos se crisparon sobre el borde de la mesa.

—¡Absurdo! Hace unos minutos la manada estaba a treinta millas de aquí. Y aun suponiendo lo contrario, no puede haber entrado en la ciudad sin que nos diésemos cuenta.

—La manada no ha entrado, Johnny.

—Entonces…

—Lumis debe saber ya lo que le ocurrió a Duncan y ha preferido actuar por sorpresa. Algunos de sus hombres han debido quedarse con la manada, mientras cinco de ellos entraban en Dodge. Acaban de asesinar a los pocos empleados que Judith tenía y están incendiando el edificio.

No hacía falta decirlo. El resplandor rojizo ya parecía llenar la

calle. Se tensaron los músculos de la cara de Johnny.

—¿Y… Judith? —preguntó.

—No lo sé. Algunos dicen que estaba dentro del edificio. Al menos eso es lo que parece más lógico.

¡Dentro del edificio! ¡Dentro de aquel mar de llamas que rugía y amenazaba llenarlo todo!

Se oía perfectamente cómo los voluntarios del servicio contra incendios pretendían acercarse, pero los vaqueros de Lumis les rechazaban a tiros para que el fuego no pudiese ser dominado.

¡Y Judith tenía que estar allí!

Johnny murmuró:

—Pon otro croupier a esta mesa, Sally.

—No puedo disponer de él ahora. Cerraremos el juego.

—Te lo agradezco.

Apartándose de la mesa, rozó su revólver y dejó que sus labios dibujaran una sonrisa salvaje. Pero esa sonrisa se borró de sus labios inmediatamente.

Porque una voz junto a la puerta acababa de decir:

—¿Por qué cerrar? Continúen jugando. Es lo más divertido.

Era la voz de Judith Labian.

Capítulo X

Aquella sonrisa salvaje volvió a aparecer en los labios de Johnny mientras contemplaba la figura de Judith Labian enmarcada en la puerta de la sala.

Judith no parecía haberse inmutado por la destrucción de su local y por la pérdida de toda su fortuna. Se movía como siempre con sus ondulantes movimientos de sirena. El vestido resaltaba cada turgencia, cada línea de su cuerpo.

Johnny preguntó:

—¿Qué vienes a hacer tú aquí?

—¿No lo ves? A jugar…

—¿Dónde estabas?

—En el almacén de *madame* Kinsey comprando algunas prendas de ropa interior. Desde allí he visto cómo los hombres de Lumis pegaban fuego a mi casa.

—¿Y aún vienes a jugar?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Al menos, me distraeré un poco mientras dura el incendio.

Sus palabras intentaron reflejar indiferencia, pero, en realidad, las lágrimas estaban asomando ya a los ojos de Judith, aunque ella hacía esfuerzos desesperados por contenerlas.

Con ondulantes movimientos se acercó a la mesa.

Johnny dijo velozmente al hombre que estaba a su lado, un empleado de la casa llamado Peter:

—Mi comisión llega al menos a los diez mil dólares. Pontos al número que más te guste, como si fueras un jugador cualquiera. ¡Pronto!

Sus palabras fueron pronunciadas en voz tan baja que Judith no pudo oírlas.

—Hagan juego, señores —dijo luego, aburridamente, como si Judith hubiera dejado de interesarle.

—Mil dólares al siete rojo —indicó ella, depositando unas fichas que acababa de adquirir.

Eran sus últimos mil dólares; se veía. Y a Johnny le admiró la calma de aquella mujer que quemaba su último cartucho sin inmutarse, mientras toda su fortuna ardía alegremente al otro lado de la calle.

Peter gruñó:

—Van mil al cuatro rojo.

—Tres mil al diez rojo —indicó otro de los jugadores.

Las apuestas cubrieron la mesa, hasta juntarse allí una montaña de fichas que equivalía a una verdadera fortuna. La ruleta comenzó a girar y la bolita fue lanzada. Johnny la miraba fijamente, como queriendo detenerla. Por fin se inmovilizó en un número, y Johnny gritó:

—¡Cuatro negro!

Había ganado Peter, es decir, él.

El último dinero de Judith estaba en sus manos. Ahora sí que podía considerarla definitivamente perdida.

Sin inmutarse, Johnny dijo:

—Ha ganado usted, señora.

Y con la pala empujó el montón de fichas hacia Judith. Todos se dieron cuenta de su terrible error, pero nadie hizo comentarios, puesto que Peter, el único perjudicado, no era dueño del dinero. Judith recogió las fichas con naturalidad y fue a la caja para cambiarlas, después de decir:

—Gracias.

Todo el mundo miraba a Johnny. En la sala se había hecho un espantoso silencio. El, sin inmutarse, anunció:

—La casa se retira, señores. El juego se ha terminado por esta noche. Pueden continuar, si lo desean, en las otras mesas.

Encajó bien su revólver y se dirigió a la puerta.

Al llegar a ésta le detuvo Sally.

—Johnny…, ¿adonde vas?

—Eran cuatro implacables… —musitó él—. Dos ya han muerto, y a los otros dos les prepararán las tumbas muy cerca, igual que la canción. Creo que voy a decirle a Lumis que no me gustan los

incendiarios.

Y sin añadir una palabra más salió de la sala, encaminándose a la calle. Nada más salir a ésta vio a Lumis y sus hombres, seis en total, lanzando carcajadas y bebiendo junto a las llamas. Los del servicio contra incendios se habían retirado ya, viendo que todo era inútil. Afortunadamente, el local de Judith estaba aislado de los demás y no existía grave peligro de que se propagara a los demás edificios colindantes. Johnny, mirando al incendio, casi tropezó con el sheriff.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven—. ¿Es que no puede impedir esos desmanes?

—Ahora son demasiado peligrosos —gruñó el *sheriff*—. Cuando se emborrachen les iré cazando uno a uno. Les haré colgar… como a ése.

Señalaba un bulto que colgaba siniestramente de un árbol. A la luz espectral de las llamas se veía que acababan de colgarle. Esto era tan corriente en Dodge que Johnny se limitó a preguntar:

—¿Por qué?

—Por cuatrero. Hacía tiempo que lo veníamos persiguiendo. Pero hoy mis comisarios han podido cazarlo y ha pagado de una vez.

—Es natural.

Johnny fue a pasar distraídamente junto al ahorcado. No le dirigió más que una mirada superficial, pero todos sus nervios se tensaron y se detuvo de repente.

¿Porque aquél era el hombre al que él había curado en Filadelfia, el pistolero por cuya causa se perdió, aquél a quien Judith le rogó que le ayudase?

Miró al *sheriff* que seguía junto a él.

—Oiga —estaba diciendo el de la estrella—, mientras Hartley vivió yo tuve buenos ingresos, pero ahora que ha muerto, no quiero líos. Y como usted fue el que lo mató, tendrá que largarse de la ciudad o me veré obligado a…

—¿Dice que era un cuatrero? —preguntó de repente Johnny.

—¿Qué? ¿A quién se refiere? ¡Ah, sí, al ahorcado! Pues, en efecto, era un cuatrero y un salteador de los de la peor especie. Estoy muy contento de verle adornando un árbol. Se llamaba Labian.

El nombre pareció vibrar como un campanillazo en los tímpanos de Johnny.

—¿Labian?

—Exacto. ¿Por qué lo pregunta, si no le conocía? Ah, ya comprendo. Lo dice por la casualidad. Porque da la coincidencia de que se llama igual que Judith.

Johnny se mordió el labio inferior mientras miraba al ahorcado. No, no era casualidad. Judith y aquel hombre habían sido hermanos. Y por eso ella le rogó que le ayudara, por eso empleó cualquier procedimiento para salvarle…, sin que él la hubiera dejado explicarse nunca.

De pronto, fue para Johnny Bulman como si Judith tuviera otra cara, otro aspecto, otra vida.

Había sido, sencillamente, una mujer honrada. El siempre creyó que ella había ayudado en aquella ocasión a su marido, a su novio o a alguien peor. Pero no. Judith lo había hecho todo para salvar de la muerte a su hermano. Para salvar de la muerte a un hombre a quien ahora sólo podría pagar un entierro en el cementerio de Dodge…

Pero ¿qué importaba ya?

Judith, minutos antes, se había mostrado como una desvergonzada al aceptar de la ruleta aquel dinero que no era suyo. Pero ¿justificaba esto que aceptase aquel obsequio de un hombre a quien había asegurado odiar?

Johnny encogió los hombros.

Demasiado tarde para todo. Sólo había tiempo para una cosa: para morir con el «Colt» en la mano.

—Es una casualidad que este hombre se llamase Labian —dijo, contestando con retraso a las anteriores palabras del *sheriff*—. ¿Lo ha visto ya Judith?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha puesto una cara muy larga. Me pareció como si de repente se hubiera convertido en una estatua. Luego ha dicho: «Habrá que proporcionarle al menos un digno entierro», y ha subido a la casa de juego. ¿Usted lo entiende? Y, a propósito, lárguese de la ciudad ahora mismo o…

—No se preocupe, *sheriff*. Esos cinco hombres y yo vamos a

largarnos de la ciudad.

—¿Qué quiere decir, Bulman?

—Que vaya preparando una tumba para seis. Así saldrá más barata.

Acarició la culata del revólver y se encaminó en línea recta hacia el grupo. Los cinco hombres, al verle venir, cesaron en sus cánticos y dejaron caer al suelo las botellas que llevaban en las manos. Los resplandores de la hoguera iluminaban sus rostros de una manera espectral.

Johnny se detuvo a quince pasos. Una distancia excelente para el tiro con revólver, y, además, disponiendo de tanta luz como le proporcionaba la hoguera. Los pistoleros estaban tan cerca que Johnny pensó: «El primero que mate, si cae hacia atrás, se va a achicharrar ahí dentro».

Acariciando aún la culata del revólver, dijo:

—Soy Johnny Bulman, el que mató a todos los compañeros de Duncan. Vengo para continuar el trabajo. Me gusta matar.

EPÍLOGO

Johnny reconoció a Lumis porque fue el que dio aquella orden a los demás.

—¡Muy bien, muchachos! ¡A por él!

Los cinco vaqueros ya tenían arqueados los brazos y los movieron frenéticamente para sacar sus armas. Johnny tiró de la culata de su revólver. Hubo en su seco movimiento una fantástica rapidez.

Seis revólveres iban a crepitar.

Y, sin embargo, la primera detonación que se oyó en la calle fue la del disparo de un rifle.

Uno de los vaqueros vaciló y se llevó ambas manos a la frente, donde había aparecido una terrible mancha roja. Sin duda que aquel rifle disparaba balas de punta endurecida, porque su cabeza fue atravesada completamente, Un segundo después había caído lanzando el último estertor.

La sorpresa les paralizó un instante a todos, excepto a Johnny.

Éste pensó:

«Ha tenido que ser Judith…, Judith que quiere pagarme de algún modo el dinero regalado…».

Y disparó a su vez contra el pistolero que le pareció más peligroso.

Éste lanzó un gemido al recibir la bala a la altura del corazón, y dio un extraño salto hacia atrás, cayendo entre las llamas.

Los otros tres hombres se abrieron en abanico en menos de tres segundos. Johnny disparó otra vez, pero no pudo hacer blanco. Las balas picotearon a su alrededor.

Saltando hacia atrás, Johnny intentó parapetarse en el porche que tenía a su espalda.

El rifle crepitó otra vez, sin resultado. Lumis y los dos vaqueros ya se habían cubierto. Dejándose caer de espaldas, Johnny empezó a arrastrarse difícilmente por los escalones del porche.

En su revólver quedaban cuatro balas y tenía a dos hombres enfrente. No podía desaprovecharlas, porque era difícil que le quedase tiempo para recargar.

Los vaqueros, parapetados muy cerca de las llamas, enviaban contra la baranda del porche un verdadero huracán de plomo.

Y de pronto Johnny rió.

¿Qué hacía allí parapetado? ¿No estaba ya resignado a que le matasen aquella misma noche?

Se puso en pie de un salto, dominando el dolor de su costado izquierdo, y corrió a cuerpo descubierto hacia el lugar donde estaban sus tres enemigos.

A éstos les paralizó la sorpresa durante un segundo. Fue suficiente para que Johnny clavara una bala entre los ojos del que tenía más cerca. Los otros dos también se pusieron en pie.

Estaban sólo a cinco pasos de distancia y las llamas les iluminaban como una pesadilla.

Johnny disparó sus tres últimas balas con una rapidez frenética, antes de que los otros pudieran apretar el gatillo. Pero las distancias demasiado cortas son casi siempre tan perjudiciales como las distancias demasiado largas. Las balas salieron desviadas y solamente una de ellas logró herir al enemigo que estaba a la izquierda de Johnny.

Lumis dio un salto de costado, tropezó con las llamas y se escabulló de la vista de Johnny, mientras disparaba con sus dos revólveres sólo para cubrirse. Las llamas casi les cegaban y hacían difícil la puntería.

Parte de la que había sido suntuosa casa de juego de Judith se derrumbó entonces y un verdadero huracán de maderas llameantes cayó sobre la zona que ocupaban los combatientes. Johnny dio un salto hacia atrás, y Lumis hizo lo mismo. Una barrera de fuego les separó. Y en el centro de esa barrera de fuego quedó el pistolero herido.

Johnny tuvo que ahogar un grito al ver a su enemigo dentro de aquel infierno.

Habían luchado a muerte los dos, pero el herido seguía siendo

un ser humano. Luchando contra las llamas y contra el peligro, Johnny corrió hacia él y le sujetó por una bota para tirar hacia atrás. El vaquero se contorsionaba desesperadamente.

Al sacarlo de allí pudo darse cuenta de que nada le salva ría. Era como una antorcha viviente. Johnny gritó:

—¡Pronto, un revólver! ¡Disparen contra él!

Varias balas compasivas se abatieron sobre el vaquero, ahorrándole sufrimientos.

Johnny atisbo por entre las llamas.

Quedaba Lumis.

Después de disparar contra el vaquero herido, todos los testigos se habían apartado del centro de la calle. Ésta aparecía desierta, pero no se veía rastro alguno de Lumis. Era como si se lo hubiese tragado la tierra.

Johnny avanzó hacia un porche, se pegó a la pared y empezó a caminar sigilosamente, con todos los músculos en tensión, escrutando la penumbra de la calle. Al llegar a la esquina se detuvo y recargó el revólver.

Miró luego a la derecha.

Todo el costado izquierdo le dolía, y las sienes y los ojos parecía que le iban a estallar. Pero a pesar de eso vio claramente allí, al otro lado de la calle, surgiendo de una puerta iluminada, a una mujer que sostenía un rifle en las manos.

No distinguía sus facciones, pero sólo podía ser Judith, que le había ayudado antes.

Bajó el revólver y avanzó dos pasos, saliendo al descubierto para acercarse a ella.

—Judith —dijo—, no deberías haberme ayu…

No pudo continuar. De repente, apretó los labios y se lanzó a tierra.

La bala del rifle pasó a una pulgada de su cabeza, casi arrancándole cabellos.

Johnny gritó:

—¡Orosia!

Orosia se echó el rifle a la cara otra vez, mientras Johnny daba varias vueltas sobre sí mismo dominando el dolor. Tenía seis balas en el cilindro y pudo haberlas descargado tranquilamente sobre la muchacha, pero no quiso hacerlo. La bala del rifle levantó un

surtidor de tierra frente a él, precisamente cuando podía ocultarse bajo la oscuridad del porche.

Desde allí, Orosia era un blanco endiabladamente fácil.

Johnny pensó en todas las perfidias, en toda la miseria moral de aquella mujer. Pero terminó enfundando el revólver y mordiéndose los labios. No podía matarla.

Sin duda, Judith había disparado para ayudarle desde la ventana del Blue Star Saloon. Y Orosia, situada unas casas más allá, había aparecido también con un rifle, pero no para ayudarle, sino para enviarle al infierno con billete de primera clase.

Johnny comprendió que ella terminaría descubriéndolo y dispararía a matar, pero aun así, no quiso emplear el revólver contra una mujer.

Ella continuaba acercándose.

Tenía la expresión entre estúpida, orgullosa y diabólica que la había caracterizado siempre.

Johnny pensó: «Dos pasos más y me verá. ¡Bonita y estúpida muerte…!».

Ella dio los dos pasos.

De pronto, le vio.

Y en ese momento los disparos de revólver brotaron de la oscuridad a su izquierda, y una fila de botones rojos cubrió todo el busto de Orosia, que lanzó un grito de horror mientras soltaba su rifle.

Lumis, confundiéndola con la que antes disparó contra sus hombres, la estaba acribillando a placer.

Johnny lo vio. Disparaba con un solo revólver mientras jugueteaba con el otro como si aquello fuese un entretenimiento. Orosia, con un último estertor, cayó bañada en su propia sangre.

Johnny avanzó entonces dos pasos. Sólo dos pasos. Lumis le vio. Un borracho que aún llevaba la botella en la mano fue a cruzarse entre los dos hombres.

El grito de Johnny hizo estremecer la calle:

—¡Ladra, perro, ladra…!

Lumis intentó disparar, pero Johnny era más rápido. Cuando pudo levantar el revólver ya tenía dos agujeros redondos en la garganta. Lanzó un rugido y bajó la cabeza, pudiendo ver él mismo cómo las otras cuatro balas se le clavaban en el pecho.

Pero Lumis no cayó.

Fue en dirección al borracho, que le miraba como hipnotizado.

Johnny introdujo velozmente dos balas más en el revólver y las disparó a las piernas de su enemigo.

Éste no cayó. Dio un paso más aún.

Arrebató la botella del borracho y entonces cayó por tierra, manteniendo la botella en alto. El licor empezó a derramarse sobre su rostro. Luego, Lumis lanzó una especie de ronquido, soltó la botella y quedó muerto sobre el polvo de la calle.

Johnny guardó su revólver.

—Era un implacable —gruñó—. Merecía ese nombre.

Cruzó la calle, fue al saloon que había al otro lado de ésta y, sin decir una palabra, tomó de sobre la barra una botella del mejor *whisky*. Con ella en la mano se fue al centro de la calle otra vez y vació su contenido, poco a poco, sobre la abierta boca del cadáver.

—Así te sentirás más tranquilo —murmuró como una despedida.

Al alzar los ojos, una vez terminado el licor, vio frente a sí a Judith Labian.

Judith ya no llevaba el rifle. Tenía esa sonrisa un poco triste, un poco amarga, que él había conocido siempre. Ahora se dio cuenta. «Esta mujer no ha sido nunca feliz —pensó—, y quizá merecería serlo…». Pero fue a volverle la espalda.

—No necesitaba tu ayuda, Judith —le dijo—. Quizá hubiera sido más bonito acabar de una maldita vez…

—Claro —ella se encogió de hombros—. ¿Un cigarrillo?

Se lo puso casi entre los labios. Ella también tomó uno, extrayéndolo de su pequeño bolso sujeto a la muñeca. Luego musitó:

—No tenemos lumbre.

—¿Por qué no vas a buscarla al infierno?

—Parece que sigues sin tenerme mucha simpatía, Johnny. Está bien, la iremos a buscar a algo parecido al infierno, que son las ruinas de mi casa de juego. ¿No podríamos fumar allí el último cigarrillo?

Sin esperar respuesta empezó a caminar en dirección a las pavesas, todavía llameantes. Johnny la siguió. Había esta noche en la mujer algo de magnetismo. Parecía hipnotizar.

—Con este fajo de papel —dijo Judith— podremos encender

más cómodamente.

Y prendió fuego a un rollo de papeles, encendiendo primero su cigarrillo. Luego le preguntó a Johnny:

—¿Quieres?

Mientras le ofreció fuego, los ojos de Johnny fueron del rostro de la mujer al fajo de papeles llameantes que sólo servían para encender un par de cigarrillos. ¡Y entonces se dio cuenta de que eran billetes de a mil! ¡Todo lo que él había dado a ganar a Judith en aquella fantástica noche!

—Pero ¿qué haces? —musitó—. ¿Es que te has vuelto loca?

Ella le miraba fijamente. Sus labios no sonreían, pero le decían algo que no necesitaba palabras, algo que hizo estremecer al pistolero Johnny Bulman…

—Tú me enseñaste a tener orgullo —dijo ella—. Tú me diste la gran lección, Johnny. Tengo que empezar sola otra vez. Tengo que volver a ser una mujer importante… para el día que tú quieras regresar a Dodge.

—Ya he regresado, Judith.

Le tomó aquellos dedos llameantes de su mano derecha y los estrujó entre sus dedos. Debían abrasarle, pero él no lo notó. Sus ojos llameaban.

De pronto la besó. La besó como a Judith no la habían besado nunca. Fue un beso implacable como las balas de su revólver.

FIN